



*“Cada existencia es una palabra
de Dios encarnada”.*

Directora:

Hna. Vilma Esperanza Quintanilla M., rfsa.

Consejo de Dirección:

Hno. Arcadio Bolívar, fsc.

Hna. Zenilda Petry, ifsj.

P. Rodolfo Capalozza, sac.

Hna. Lilian Carrasco, msscc.

Hna. Dina María Orellana, rm.

Coordinador:

P. Ignacio Madera Vargas, sds.

Colaboradores:

Hna. Georgina Zubiría, rcsj

P. Carlos Palmes, sj

P. Víctor Martínez, sj

P. Ignacio Madera, sds

P. Clóvis Cabral, sj

Consejo de Redacción:

Hna. Ana María Lizarrondo, hsc.

Hna. Beatriz Charria, op.

Hna. Josefina Castillo, aci.

Producción:

Hna. Neuza Botelho dos Santos, mscs

Ilustración de carátula:

P. Jaime Valdivia, osa

Administración

Calle 64 N° 10-45 piso 5°

Tels. (57-1) 310 0481

Fax: (57-1) 217 5774

Apartado Aéreo 56804

E-mail: revistaclar@clar.org

www.clar.org

Bogotá, D. C. - Colombia

Diseño e impresión:

Editorial Kimpres Ltda.

PBX: 4136884 · Fax: 290 7539

Bogotá, D.C. - Colombia

CONTENIDO

	Pág.
EDITORIAL	3
1. REFLEXIÓN TEOLÓGICA	
DON DE DIOS PARA LA VIDA	
Hna. Georgina Zubiría, rcsj	9
SENTIDO DE PERTENENCIA Y TRADICIÓN	
P. Carlos Palmes, sj	17
UNA ESPIRITUALIDAD MÍSTICA Y PROFÉTICA	
P. Víctor Martínez, sj	26
LA EXPERIENCIA MÍSTICA EN UN MOMENTO SINGULAR	
P. Ignacio Madera, sds	39
2. VENTANAS ABIERTAS	
RUMOR DE DIOS	
DIOS VINO AL MUNDO	
ORACIÓN A LA VIRGEN DE GUADALUPE	51
3. TRIBUNA AFRO-INDÍGENA	
LA PASTORAL AFRO EN LAS COMUNIDADES NEGRAS	
P. Clóvis Cabral, sj	57

ESCUCHAR EL ESPÍRITU

"La Sofía de Dios"

Volviendo la mirada a Jesús... descubrimos que toda su vida fue guiada por el Espíritu de Dios. Así los Fundadores y las Fundadoras son personas guiadas por este mismo Espíritu. Por tanto, uno de los grandes desafíos de hoy es ver y percibir si la Vida Religiosa obra desde este mismo Espíritu. Ante lo cual considero que es sano preguntarse: ¿Cómo este Espíritu esta actuando en cada uno y cada una de nosotros y nosotras?. ¿En nuestras comunidades y congregaciones?

Si recorremos la vida de los profetas, la de Jesús y la de los Fundadores, descubrimos que este Espíritu los tomó, los habitó y los lanzó hacia... es urgente entonces, cuestionar: ¿Hacia donde este Espíritu, esta lanzando hoy a la Vida Religiosa?. La certeza que tenemos es que este Espíritu nos inserta a la historia y que ello requiere que nuestro espíritu se disponga para recorrer las calles; se puede decir que, el Espíritu habita la Vida Religiosa para lanzarla a las calles de este mundo y que aún en medio de sus limitaciones transforma esta historia, en historia de salvación. He aquí la importancia de "escuchar el Espíritu".

Con este espíritu de escucha, de participación y de colaboración les presentamos los siguientes aportes con la finalidad de que iluminen, orienten y cuestionen el camino hacia el "Renacer de la Vida Consagrada". Vemos con ojos de esperanza cómo los signos de los tiempos han logrado despertar la conciencia colectiva de la Vida Religiosa mundial en la necesidad de su renovación. Lamentablemente al interno de la Iglesia para muchos y muchas todavía ésta urgencia pasa inadvertida.

Asumimos que hemos sido parte de una tradición civil y eclesial que ha ahogado la frescura y la novedad del Espíritu. Por tal razón deseamos seguir creyendo en que: "El Espíritu sopla donde quiere" (cf. Jn 3). Queremos reaccionar corporativamente y hacer lo que podamos para transformar esta realidad. Esto nos implica vivir con la tensión que se da entre la fidelidad a las enseñanzas de la

Iglesia y los signos de los tiempos. Acentuamos que el cambio, la sensibilidad, la renovación... se refleja inevitablemente en la enseñanza y práctica de la Iglesia, como lo enseña el Vaticano II, Puebla, Medellín, Vita Consecrata, Novo Millenium Ineunte, Caminar desde Cristo, etc.

Desde este Espíritu, en fidelidad al Evangelio y a la Identidad Carismática de la Vida Religiosa, dedicamos este número a la vida y esencia de hombres y mujeres que guiados por el Espíritu del Señor, fundaron congregaciones y colaboraron en la historia de la humanidad haciendo presente desde diversas formas el Reino de Dios.

Georgina Zubiría, nos comparte la Identidad Carismática de la Vida Religiosa, nos recuerda que este Carisma es un Don de Dios para la Vida. Acentúa que el Carisma surge del encuentro fecundo entre la experiencia de Dios y la experiencia de la realidad. Enfatiza lo inseparable de la dialéctica entre mística y política, sabiduría y profecía. Ante las profundas transformaciones, ante el cambio de época; nos preguntamos sobre nuestras crisis de identidad. Nos invita a cantar la dicha del Magnificat porque Dios quiere hacer de nosotras y nosotros, un cauce humano e histórico de su misericordia. Profundizando el tema de Identidad y pertenencia, ahonda en su esencia que es inmutable, pero vivo y ha de traducirse a los diversos tiempos, lugares y culturas. Dando paso al tema de la inculturación del carisma, a la unidad en la diversidad abriéndose a la universalidad.

En su artículo el Padre Víctor Martínez, nos comparte el mosaico de una Espiritualidad Mística y Profética que proviene de una íntima relación con el Señor, en donde el corazón se hace transparente para ser trabajado por Dios. Obra de conversión realizada desde el amor misericordioso de Dios que lanza al compromiso radical y entrega en los y por los hermanos, hermanas; haciéndose capaces de enfrentar los conflictos y superando todo obstáculo, símbolo liberador de una mirada cargada de esperanza en una mañana que hemos de realizar desde el presente que vivimos. Clovis Cabral en su artículo nos muestra la importancia de los procesos de inculturación en las comunidades negras. Reflexión que nos ayuda a descubrir en la Vida Religiosa los mecanismos que producen exclusión. Y cómo específicamente el racismo y la discriminación siguen latentes en nuestro ambiente eclesial. Hace énfasis en la necesidad de las relaciones con el diferente, viviendo la comunidad como lugar fundamental para la construcción de la identidad de una persona y como espacio para desarrollar la Pastoral Afro u otra. Es decir, la comunidad como una posible alternativa a situaciones que impiden al ser humano desenvolverse plenamente, donde todas y todos se enriquezcan con la espiritualidad inculturada.

El Padre Carlos Palmes a su vez resalta los elementos que caracterizan el sentido de pertenencia del religiosos y religiosa a la comunidad. hay una íntima unión entre identidad y pertenencia. Es imprescindible tener claros los elementos que

constituyen la identidad para que sea posible la pertenencia. Además de la vivencia de la identidad, la pertenencia evoca a la comunidad, a las personas con las que se comparte la misma vocación. En este caso la pertenencia exige compartir el mismo ideal, sentirse parte integrante de una misma familia.

La experiencia mística en un momento singular es el tema que nos comparte el Padre Ignacio Madera. Retoma la propuesta de la Clar donde ha señalado un norte, un camino que devuelva a la Vida Religiosa del continente, entusiasmo, y vitalidad, esperanza y confianza en la acción del Espíritu en la historia, serena conciencia de estar construyendo la historia entre contradicciones y logros. La necesidad de que algo nuevo vaya naciendo en el continente. Que él vea renacer de nuevo la vida que durante tantos siglos ha generado vida, ha provocado compromisos y regalado mártires.

Es tiempo de ser una Vida Religiosa nueva, Samaritana, Solidaria y Encarnada sin temor a los riesgos y a la desinstalación. Que trabaje en comunión, igualdad y paridad. El llamado de hoy, es a vivir con esperanza: el final de un camino viene a ser el inicio de un nuevo camino, como la vivencia de los discípulos de Emaus, cuando pensaban que todo terminaba, es cuando se encuentran con la novedad de iniciar una nueva experiencia de vida.

Que la Sofia de Dios, nos siga iluminando como lo hizo con nuestros Fundadores y Fundadoras, que supieron tener palabras de esperanza y gestos sencillos, pero que hablaron del Reino.

Con estas palabras aquí publicadas podemos leer y dialogar con estas voces que nos invitan a una colaboración activa, nueva y profunda.

Hna. Vilma Esperanza Quintanilla Moran
Presidenta de LA CLAR

1. REFLEXIÓN TEOLÓGICA

DON DE DIOS PARA LA VIDA

Hna. Georgina Zubiría, rscj

SENTIDO DE PERTENENCIA Y TRADICIÓN

P. Carlos Palmes, sj

UNA ESPIRITUALIDAD MÍSTICA

Y PROFÉTICA

P. Víctor Martínez Morales, sj.

LA EXPERIENCIA MÍSTICA EN UN MOMENTO

SINGULAR

P. Ignacio Madera, sds

Don de Dios para la vida

Identidad carismática de la vida religiosa

*“Alégrate, llena de
gracia”¹,
así comienza
Lucas el saludo
de Dios a María.
Con ella
y como ella,
la Iglesia puede
cantar de alegría
porque Dios
derrama su gracia
en ella para que
anuncie su
presencia
y su compromiso
con la humanidad.*

A lo largo de la historia y a lo ancho de la geografía, Dios ha suscitado y sigue suscitando en el corazón humano, el deseo de plenitud de vida en comunión que Dios es y que nos ofrece. Junto a una búsqueda perenne de la trascendencia, junto a la experiencia de su presencia irreductible e inmanipulable, han surgido hombres y mujeres deseosas de totalizar su vida en Dios.

Hoy podemos dar testimonio de una gama muy amplia de personas que, desde una rica diversidad de culturas y de estilos de vida, han buscado corresponder en la historia a la gracia recibida de Dios como vida y como amor.

La vida religiosa es uno de los estilos de vida que surgen del encuentro entre el don de Dios que es amor y el ansia humana por realizarse en ese mismo amor. En este sentido, la dimensión carismática es inherente a la identidad de la vida religiosa. Al igual que como sucedió con María, la vida religiosa surge y se realiza como puro don gratuito de Dios, de ese Dios que cuenta con la humanidad y apuesta en favor de nuestra libertad.

*Hna. Georgina
Zubiría, rscj*

¹ Lc 1, 28.

I. La esencia de nuestra identidad carismática

1. La vida religiosa, un carisma que es encuentro fecundo

“La vida consagrada, enraizada profundamente en los ejemplos y enseñanzas de Cristo, el Señor, es un don de Dios Padre a su Iglesia por medio del Espíritu.”² Con gozo agradecido confesamos que la vida religiosa es un carisma, una gracia eficaz, un don gratuito y amoroso de Dios para la vida de la Iglesia y, desde ella, para la vida de la humanidad.

Este don de Dios se manifiesta históricamente a través de personas y comunidades que buscan vivir el Evangelio de Jesús y lo quieren ofrecer al mundo como alternativa de vida.

Una mirada sobre la historia de la vida religiosa y sobre las personas que la han ido creando y re-creando nos permite constatar que el carisma surge del encuentro fecundo entre la experiencia de Dios y la experiencia de la realidad; por tanto, ya desde el origen, encontramos inseparablemente unidas la mística y la política. El carisma va creciendo y madurando en el diálogo dinámico entre sabiduría y profecía.

Tanto en los diversos estilos de vida religiosa (monacales, mendicantes, apostólicos...) cuanto en la diversidad

de carismas de fundadores y fundadoras podemos descubrir en el origen una profunda experiencia de Dios y, generalmente, una dolorosa experiencia de la realidad que clama por ser transformada.

Así subrayamos que el ser humano ha sido creado con una apertura radical a la trascendencia. El silencio y la vida interior son, entonces, una condición de posibilidad para acoger el don de Dios como amor y como invitación a totalizar la vida en su voluntad, en su proyecto de vida para la humanidad y la creación entera.

Por otra parte constatamos que, en tanto humanas, las personas no solamente somos parte de una historia sino que la historia, a la vez que nos configura, puede ser configurada y alterada por nuestra incidencia en ella. Fundadoras y fundadores de muchas congregaciones han sentido arder sus entrañas por el sufrimiento de la humanidad, sufrimiento que ha tenido diferentes expresiones históricas. Así ellas y ellos han alimentado su pasión por la vida y se han comprometido en la transformación de la historia para re-crearla de acuerdo al querer de Dios.

En la fusión de la experiencia de Dios y la experiencia de la realidad, en el encuentro del deseo de filiación y el anhelo de fraternidad/sororidad, los seres humanos podemos realizarnos como personas libres, con un proyecto de vida elegido como vocación y aco-

² *Vita Consecrata*, 1

gido como gracia. Es aquí donde el anhelo humano de plenitud y radicalidad encuentra su raíz y su sentido. De manera consciente o inconsciente, las religiosas y los religiosos también encontramos la posibilidad de realización personal en la opción que hacemos en favor de un estilo de vivir y de unos cauces que lo faciliten.

Apertura a la trascendencia, responsabilidad histórica y legítima aspiración a la realización personal en hondura, verdad y radicalidad se encuentran, se fecundan y se alimentan entre sí para dar forma histórica a la identidad carismática de la vida religiosa.

2. ¿Crisis de identidad?

“El fuego en estas cenizas”, “Luchando con Dios. La vida religiosa en busca de su alma”, “Rehacer la vida religiosa”, éstos son los títulos de algunos libros que recientemente se han escrito sobre vida religiosa; también hablamos de “refundación” y de “renacer”. Detrás de estas metáforas descubrimos una sana insatisfacción ante la realidad actual de la vida religiosa; desde ella nos preguntamos, no sin dolor, si nuestra identidad está en crisis.

Es evidente que vivimos en un tiempo de profundas transformaciones y que ya es común hablar de un cam-

bio de época. Junto a este hecho, que implica y que trasciende a la vida religiosa, constatamos también que las religiosas y los religiosos heredamos formas, estructuras y tradiciones de los diversos modelos que han existido a lo largo de la historia. La renovación promovida por el Concilio Vaticano II nos parece que, por diversos motivos no siempre internos a la vida religiosa, ha sido insuficiente. Percibimos que permanece la pregunta sobre lo esencial aunque, creemos, eso esencial no es exclusivo de ella.

Si consideramos lo expuesto en el inciso anterior, la pregunta sobre la identidad carismática puede traducirse con ayuda de las tres vertientes que Leonardo Boff gusta de incorporar en la experiencia de Dios: trascendencia, transparencia e inmanencia.³ Creemos que estas tres vertientes recogen de manera muy integradora las dimensiones mística y profética de la experiencia religiosa.

De aquí que la pregunta por la identidad carismática de la vida religiosa puede abordarse desde diferentes ángulos:

- a. En primer lugar podemos preguntar, a nivel individual y corporativo, por la profundidad y autenticidad de la experiencia de Dios. Sabemos que no se trata de cualquier Dios sino del Dios de Jesús, del Dios de María que ofrece y quiere la vida para todas sus

³ Cf. BOFF, L., *La experiencia de Dios*. CLAR, 1977.

criaturas, Dios que cuenta con cauces humanos para mostrar toda su misericordia en la historia. Se trata de Dios inmanipulable que no elimina la responsabilidad personal, ni el sufrimiento, ni el conflicto pero que los acompaña y los fecunda imprimiéndoles trascendencia desde ésta, nuestra historia.

- b. En segundo lugar podemos preguntar, a nivel individual y corporativo, por la experiencia de la realidad. Es indispensable, sin embargo, que preguntemos por esa experiencia desde el lugar social en que la experimentó María y en el que Jesús vivió. Es decir que la pregunta por la experiencia de la realidad debe hacerse desde abajo, desde lo marginal, dejándonos afectar por aquéllos y aquéllas cuya vida está más amenazada. Esto porque es precisamente en medio de la dureza de lo real donde la vida religiosa está llamada a ser transparencia de Dios, a la manera de Jesús.

*Dios nos habita
como impulso y como aliento
de vida, de esta vida que
tenemos y que ansía
intensamente
la felicidad.*

- c. En tercer lugar podemos preguntar, a nivel individual y corporativo, por la experiencia humana que busca realizarse en plenitud. Dios nos habita como impulso y como aliento de vida, de esta vida que tenemos y que ansía intensamente la felicidad. Felicidad que es compartida, común y universal o es tan sólo un fragmento de felicidad que todavía sigue buscando. El Espíritu Santo, Dios inmanente, Dios presente en la vida, impide que nos engañemos con felicidades vanas, parciales o limitadas. Dios inmanente, a la vez que nos hace conscientes de nuestra insatisfacción, nos impulsa hacia una mayor radicalidad: “No apaguen la fuerza del Espíritu; no menosprecien los dones proféticos. Examínenlo todo y quédense con lo bueno.”⁴

II. Elementos constitutivos del carisma

1. La vida religiosa, un carisma que es misión

“Darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús”⁵. María recibe de Dios una misión que dará sentido y orientación a toda su vida.

Como María que en absoluta lucidez de la renuncia⁶ acoge y elige la misión que Dios le confía, la vida reli-

⁴ Cf. 1Tes 5,19-21

⁵ Cf. Lc 1,34

⁶ Cf. “...no tengo relaciones con ningún hombre...” (Lc 1,34)

giosa en cuanto a gracia eficaz es también misión recibida. Misión comprendida como encargo de Dios que totaliza la vida. Aquí no se trata de un servicio específico ni, mucho menos, de una función social. Se trata de una pasión, de una encomienda que implica disposición a gastar toda la vida en realizarla.

La misión carismática de la vida religiosa implica asumir como propios los deseos y las preocupaciones de Dios. Y sabemos, por Jesús, que Dios quiere la vida y vida en abundancia⁷ para todas sus criaturas. De aquí que acoger la vida religiosa como carisma implica recibir un sentido para la vida, un encargo que orientará todas nuestras intenciones, nuestras acciones y decisiones. En definitiva, supone recibir una misión.

Así como en María se encarnó Dios, así también la vida religiosa está llamada a dar a luz a Dios en las diversas circunstancias históricas, de manera particular en aquellas en las que la vida está más amenazada.

Desde la fe confesamos que el Hijo de Dios se hizo humanidad desde la humanidad de María y que ella le aportó, además de su sangre y de su carne, un contexto histórico, un lugar social y unas tradiciones religiosas que marcaron toda su vida. De igual manera los religiosos y las religiosas recibimos la misión de encarnar a Dios, su amor por la humanidad, los deseos de su cora-

zón, sus preocupaciones y sus opciones en los diversos contextos en los que hoy nos toca vivir.

Esta misión recibida nos remite nuevamente a las dimensiones mística y profética del carisma religioso y nos obliga a mantenernos en relación amorosa y apasionada con Dios, con la humanidad y con la propia verdad que, aunque finita y frágil, es espacio en el que Dios sigue pronunciando su palabra, palabra eficaz, palabra performativa porque hace lo que dice.

2. La vida religiosa, un carisma que es espiritualidad

La conciencia que tenía María de su fragilidad y su carencia la llevó a preguntar: “¿Cómo será eso si no tengo relaciones con ningún hombre?”⁸ María concibió al Hijo de Dios por la fuerza creadora del Espíritu y por el poder del Altísimo que quiso abajarse hasta el límite de los crucificados y las crucificadas de la historia.

Hoy, después de veinte siglos de lo acontecido en Nazaret y contando con una cadena de hombres y mujeres que nos han precedido en la experiencia fecunda del Espíritu, Dios sigue viniendo en ayuda de nuestra fragilidad, nos fortalece y nos enriquece con el don de su Espíritu que derrama como amor en el corazón y en las comunidades humanas.

⁷ Jn 10,10

Por eso la identidad carismática de la vida religiosa viene acompañada de una espiritualidad irrenunciable. El Espíritu Santo, fruto del amor entre Dios Padre-Madre y el Hijo, se nos sigue dando para mantener fecundo el vínculo entre la trascendencia y la historia, lo humano y lo divino, el tiempo presente y el escatológico.

En la historia de la vida religiosa constatamos la riqueza inigualable de la creatividad del Espíritu que busca la vida en cualquier circunstancia. Confesamos que la Ruáh ha suscitado espiritualidades ricas de amor, de relación, de servicio. Así, cada instituto religioso da testimonio de su espiritualidad: Carmelitana, Benedictina, Ignaciana, Teresiana, Franciscana, Dominica, Ursulina... o, más fundadamente, de una espiritualidad trinitaria, cristológica o mariana. Sin embargo, ninguna congregación puede apropiarse de ella, pues, siendo como es don del Espíritu, la espiritualidad es don de Dios para la vida de la Iglesia y para la vida de la humanidad entera.

3. La vida religiosa, un carisma que se hace servicio

Finalmente, la identidad carismática de la vida religiosa supone el testimonio del don recibido a través de un servicio concreto que responda a las urgencias del momento histórico.

Es de lamentar que, debido a que el servicio es lo que se ve y el testimonio palpable de la misión y la espiritua-

lidad, en no pocas ocasiones se le ha identificado con el carisma en perjuicio de uno y de otro. Por un lado, se priva al carisma de su fuente y horizonte misionero así como de su espiritualidad. Por otro lado, al absolutizar el servicio, se le esclerotiza en obras e instituciones y las hace incuestionables, a tal punto que bloquea la escucha de los signos de los tiempos y la capacidad de acoger y ofrecer servicios nuevos ante nuevas realidades y ante los clamores que generan la injusticia y la marginación en nuestro mundo.

Mientras que la misión y la espiritualidad permanecen y se enriquecen con el paso del tiempo y de las generaciones, los servicios tienen que ir cambiando y adecuándose para responder en fidelidad al carisma recibido.

El cambio en los servicios que presta la vida religiosa en favor de la vida implica riesgo, creatividad y libertad frente a lo establecido. Sólo así se actualiza la misión como fuente de sentido y horizonte de vida; sólo así se verifican la hondura y la eficacia de la espiritualidad.

4. La vida religiosa puede ser Buena Noticia

La misión y la espiritualidad, la profecía y la sabiduría, la política y la mística son binomios que, mirados y vividos desde el Evangelio, pueden ser expresión actualizada del Reino de Dios y del Dios del Reino.

Los gestos y las palabras, los signos

y las relaciones que Jesús vivió en nombre de Dios son expresiones concretas del acontecer del Reino, del surgimiento de la vida y de la denuncia de todo lo que la mata.

La relación de Jesús con su abba –Madre-Padre-Dios-, sus tiempos y espacios de encuentro con la fuente, el horizonte y el sentido de su vida, y su libertad para proclamar que todo su ser y su hacer son manifestación de la gloria de Dios, expresan la manera de Jesús de totalizar su vida en Dios.

Vivir para que el Reino de Dios acontezca, gastar la vida en nombre del Dios del reino son, entonces, elementos constitutivos e inseparables de la identidad carismática.

El servicio que cada instituto está posibilitado y llamado a realizar, busca ser testimonio viviente de Dios en quien creemos como único absoluto.

Cuando así lo experimentemos, no sólo dejaremos de inquietarnos por aclarar qué es lo específico de la vida religiosa sino que también celebraremos que el testimonio de otras personas, desde su propio estilo de vida, apesure el acontecer del Reino de Dios en nuestra historia.

Pero no olvidemos que, en cuanto carismática, la identidad mística y profética que acompaña a una vida entregada por Dios y por su reinado,

es don. Pidámoslo con insistencia y gastemos con generosidad nuestra vida en ello para plenificarla.

III. La vida religiosa, un carisma para la vida

“Aquí está la esclava del Señor, que se haga en mí como has dicho.”⁹ Esta fue la respuesta de María a la palabra creadora de Dios y a la fuerza fecundante del Espíritu. Junto con María, las religiosas y los religiosos podemos responder al carisma recibido y cantar con ella toda la dicha del Magnificat porque Dios quiere hacer de nosotras y nosotros, un cauce humano e histórico de su misericordia.

Decir con María: “aquí está la esclava del Señor” es decir que sólo a Dios le damos poder sobre nuestras vidas y, con ella, sobre nuestra misión.

*El Espíritu Santo,
fruto del amor entre
Dios Padre-Madre y el Hijo,
se nos sigue dando
para mantener fecundo
el vínculo entre la trascendencia
y la historia, lo humano y lo divino,
el tiempo presente y el escatológico.*

⁸ Cf. Lc 1,34

Poder que sabemos es para la vida y nunca contra ella. Poder que es palabra creadora capaz de hacer nuevas todas las cosas.

Decir con María: “que se haga en mí como has dicho”, es disponernos a escuchar lo que Dios sigue diciendo en nuestra historia, es capacidad lúcida para dejarnos conmover con aquéllos y aquéllas con quienes Dios se conmueve. Es apasionarnos con Dios en su pasión por una humanidad viva.

La identidad carismática de la vida religiosa, en cuanto don recibido libremente por cada persona individual y corporativa, viene acompañada de un realismo confiado. De esa confianza que nace de la certeza en la iniciativa amorosa de Dios que nos impulsa y anima a gastar la vida en favor de las mayorías que, como Jesús, son marginadas y crucificadas injustamente. De ese realismo que surge de la experiencia cotidiana que nos dice que anunciar la vida y denunciar la muerte resulta incómodo, perturbador, conflictivo.

“Me felicitarán todas las generaciones”¹⁰ le dijo María a Isabel en su entrañable encuentro porque, en ella y a través de ella, Dios muestra su proyecto, sus opciones, su querer.

De igual manera, con María y como ella, la vida religiosa puede cantar humildemente su alabanza a Dios siempre y cuando acoja su gracia

- Para amar y estar con el pueblo que ha sido empobrecido y que muere de hambre porque se le ha despojado de la tierra que le pertenece.
- Para gastar la vida colaborando en la construcción de la paz.
- Para padecer con los perseguidos por trabajar en favor de la justicia.
- Para anunciar con la vida que otros mundos son posibles.
- Para alegrarnos cuando nos critiquen y nos insulten por nuestra respuesta fiel a la causa y al don de Dios.

⁹ Lc 1,38

¹⁰ Lc 1,48

Sentido de pertenencia y tradición

*El cristiano, desde
el bautismo, es
pertenencia
de la Trinidad. Al
decir
“yo te bautizo en el
nombre del Padre,
del Hijo y del
Espíritu Santo”, lo
que se dice
es “quedas
consagrado,
entregado al Padre,
al Hijo
y al Espíritu”, eres
pertenencia
de la Trinidad.*

*P. Carlos
Palmes, sj*

En los 19 años de funcionamiento del Curso Internacional de Formadores de Cochabamba han pasado más de 800 religiosas y religiosos. Cada año participan un promedio de 35 a 40 Institutos diferentes. Un momento que todos esperan es el de poder exponer el propio carisma, su espiritualidad, su historia, sus obras apostólicas, la personalidad del Fundador o Fundadora.

Es una experiencia gozosa. Lo que más sobresale es la ilusión con que lo preparan, el entusiasmo con que transmiten la vivencia de su familia religiosa. A veces, al hablar de sus fundadores hasta se parece a una “cariñosa idolatría”. Esto es muy buena señal porque indica la satisfacción de pertenecer a su Instituto y de poseer ese “tesoro de familia”, de haber incorporado a su persona esos rasgos peculiares del seguimiento de Cristo.

Podemos partir de este hecho para describir lo que es la pertenencia. Los diccionarios dicen que “es la acción o derecho que uno tiene a la propiedad de una cosa” “Es el espacio o término que toca a uno por jurisdicción o propiedad”. Pero en ellos se habla de pertenencia o propiedad sólo sobre cosas. Nosotros en cambio, hablamos de pertenencia de personas y en un sentido teológico, y no porque lo declare una ley, sino por la entrega voluntaria que hace uno de sí mismo.

La Fuente de la pertenencia: consagración bautismal y consagración religiosa

El cristiano, desde el bautismo, es pertenencia de la Trinidad. Al decir “yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, lo que se dice es “quedas consagrado, entregado al Padre, al Hijo y al Espíritu”, eres pertenencia de la Trinidad. Es una consagración que no se realiza en un instante, sino que hay que ir asumiéndola voluntariamente a lo largo de toda la vida. Y con el bautismo se entra a formar parte de la comunidad de los creyentes, que es la Iglesia, para vivir desde ella la consagración bautismal.

Y al pronunciar los votos religiosos lo que se ofrece no es sólo el compromiso de vivir pobre, casto y obediente, sino toda la persona con todas sus relaciones, en una actitud interior de entrega incondicional por amor. En realidad la pertenencia es mutua, es una alianza por la que el bautizado se entrega a Dios y Dios se compromete a acompañar amorosamente al cristiano. Es como un “matrimonio” en que ambos se dan en mutua posesión y pertenencia. Como dice Pablo: “La esposa no dispone de su propio cuerpo: el marido dispone de él. Del mismo modo, el marido no dispone de su propio cuerpo: la esposa dispone de él”, es su pertenencia. (1Cor 7,4).

Por la consagración religiosa la persona se entrega a Cristo-Esposo, ratifica y profundiza la primera entrega y pasa

a ser pertenencia de Cristo. Por los votos se realiza lo que en el matrimonio se simboliza: la Iglesia-Esposa se entrega a Cristo-Esposo por amor. La Iglesia no son las paredes, sino las personas que la constituyen. La religiosa, el religioso pasa a pertenecer a Cristo como Esposa y a poseer a Cristo como Esposo.

Pero esta entrega mutua se realiza desde un determinado Instituto que tiene un determinado carisma y una tradición y una historia y un modo determinado de proceder. Es decir, se realiza desde una comunidad de creyentes consagrados. La pertenencia a Dios es también pertenencia a la Comunidad-Instituto.

Identidad y pertenencia

Hay una íntima unión entre identidad y pertenencia. Es imprescindible tener claros los elementos que constituyen la identidad para que sea posible la pertenencia a ella. No se puede hablar de pertenencia si no existe un punto común de referencia. Se requieren unos cimientos firmes y unas columnas sólidas aceptadas y vividas por todos los miembros del Instituto, tener claras las líneas fundamentales del propio ser que expresan la identidad y la pertenencia de todos.

Al entrar en la vida religiosa cada sujeto recibe en herencia el patrimonio del Instituto que le transmite el carisma y la tradición o historia vivencial. Des-

de el principio procura asimilar y sumergirse en el espíritu propio del Instituto hasta hacerlo carne de su carne, alma de su vida. Durante la formación se va adentrando en ese mar sin fondo que es el misterio de Dios en una faceta peculiar que es resaltada por el carisma o primera intuición del Fundador o Fundadora. El carisma propio es lo que constituye el carnet de identidad del Religioso, de la Religiosa de un Instituto. Es el núcleo central inmutable, que se tiene que vivir en cualquier parte del mundo. Es inmutable, pero vivo y ha de traducirse a los diversos tiempos, lugares y culturas.

Luego ya no se puede concebir la vida fuera de esa atmósfera vivificante. El carisma le pertenece y es parte de su personalidad, y él pertenece a la comunidad portadora del carisma. Hay, pues, como una simbiosis y una mutua pertenencia: el carisma del Instituto pertenece al Religioso, Religiosa y el Religioso o Religiosa pertenece a la Comunidad-Instituto.

Por eso, lo que más impide vivir la pertenencia es la pérdida o difuminación de la identidad. La gran crisis de

*Por la consagración religiosa
la persona se entrega a Cristo-Esposo,
ratifica y profundiza
la primera entrega
y pasa a ser
pertenencia de Cristo.*

la vida religiosa en los años inmediatos al Concilio no fue tanto por la proliferación de problemas afectivos o el cambio de estructuras o la mecanización infantil de la obediencia. En el fondo fue crisis de identidad, no saber qué somos, qué queremos, a dónde vamos. Cuando se desmorona la identidad, la vida religiosa pierde sentido. Y no se puede pedir a una persona que entregue su vida por una causa que no le dice nada.

Comunidad y pertenencia

Además de la vivencia de la identidad, la pertenencia evoca a la comunidad, a las personas con las que se comparte la misma vocación. En este caso la pertenencia exige compartir el mismo ideal, sentirse parte integrante de una misma familia. No se concibe vivir la pertenencia sin compartir con los compañeros; compañeras de camino, las ilusiones y los proyectos, las vivencias personales, los tropiezos, las esperanzas.

En otros tiempos en cierto modo era más fácil vivir la pertenencia porque en todos los Institutos había uniformidad, las estructuras eran rígidas e inmutables en cualquier parte del mundo. Daba lo mismo estudiar la teología en España o en Japón o en USA. Se seguía en todas partes la misma "Ratio Studiorum" e incluso se indicaban los autores que había que seguir y la lengua en que había que dar las clases, el latín. Así mismo desde la Curia General se determinaba para todo el mun-

do las horas de recreo y de silencio, los días de visita de las familias, las veces que había que confesarse, la regla del compañero al salir de casa, la obligación del hábito o la sotana con el pliego de la faja a la derecha. Para conocer la identidad de un jesuita en un país lejano se le hacía recitar la fórmula de los “tonos” de oratoria que aprendíamos de memoria en todas partes.

Hoy los elementos que forman la identidad se han reducido al núcleo del carisma y la espiritualidad propia y ha caído toda esa hojarasca de menudencias intrascendentes que se convertían en una camisa de fuerza que impedía avanzar y que desdibujaban la fisonomía de cada familia religiosa. Hoy se pone el acento en vivir profundamente los rasgos esenciales de la propia vocación. A ello ha contribuido no poco la renovación postconciliar, la globalización, la necesidad de inculturación, la intercongregacionalidad... y el sentido común.

Hoy todavía hay Institutos que confunden la identidad con la envoltura cultural con que nació, sea porque nunca han salido del propio país o porque tienen una sola misión a la que trasladan tal cual su modo de proceder del lugar de origen sin una verdadera inculturación. En cambio los Institutos que están extendidos en diversas naciones y continentes, tienen mucho menos este peligro. La diversidad de culturas en que se encarna el carisma hace que se despoje de los elementos circunstanciales y la identidad se concentre en el núcleo central, válido para todos los

lugares y tiempos. Es una purificación y un enriquecimiento.

Por tanto, el signo de pertenencia incluye la vivencia del núcleo carismático universal y la traducción de ese carisma a la cultura, lugar y tiempo de las personas que lo han de vivir.

La globalización, el Post-Modernismo y la pertenencia

Por otra parte, en el otro extremo, se da un fenómeno “alarmante”, una especie de apatía o indiferencia hacia “lo nuestro”, lo específico de nuestro carisma o modo de proceder en cuanto diferente del de otros. La globalización y el post-modernismo han borrado para algunos no sólo las adherencias circunstanciales, sino también rasgos esenciales.

Algunas personas que aman apasionadamente a su Congregación sufren mucho cuando ven que no pocos y pocas de sus jóvenes se muestran indiferentes y aun displicentes por lo que no les atañe directamente: una carta que la General escribe a toda la Congregación, no les interesa; un aporte que se pide a todos y todas para revisar la orientación de la Provincia; las obras apostólicas que llevan en otro continente o en otra comunidad; la colaboración con otras Provincias o misiones o en obras internacionales; conocer la historia del Instituto o de la Provincia; leer las cartas del fundador

fundadora, etc. Lo toman como si se tratase de gente desconocida.

Ni todo bueno ni todo malo

La globalización, la intercongregacionalidad, la homogeneización de las culturas, la inculturación, la “Nueva Era”, los medios de comunicación sin fronteras..., al mismo tiempo que han ensanchado horizontes, han ido difuminando la fisonomía y los contornos característicos de cada familia religiosa, de modo que ya no importa mucho la especificidad de cada una.

Consiste en la intensificación de las relaciones sociales universales de modo que lo que sucede en una localidad está afectado por lo que sucede en otras lejanas y viceversa. La globalización no tiene sólo aspectos beneficiosos ni sólo aspectos indeseables.¹ La globalización no puede entenderse sólo a nivel económico; la dimensión más importante es la cultural. Lo que significa es “en muchos lugares a la vez”. Sigue existiendo una dialéctica entre lo global y lo local. La globalización no significa el fin de las diferencias culturales.

Tiene aspectos positivos: Extensión de los medios de comunicación hasta las capas más pobres, nuevas formas de aprendizaje a través de Internet, acceso a medicina exitosa contra males

masivos, tecnología de producción de alimentos, controles internacionales sobre derechos humanos, integración regional, creación de mercados comunes, disminución de nacionalismos estrechos, etc.

También negativos, especialmente en el campo económico; la globalización neoliberal es sobre todo económica: desconfía de la democracia, rechaza la idea del bien común, no cree en la justicia social, absolutiza el mercado libre. Para los ricos hay globalización de los privilegios, que trae como consecuencia el crecimiento de la pobreza; y para los pobres es local “Las riquezas son globales, la miseria es local” (Bauman).

Aplicándolo a la Vida Religiosa, la globalización expresa el movimiento por extenderse más allá de las propias fronteras, hasta los confines de la tierra². Los polos de acción son global-local.

Un grupo religioso nacido en Francia o Italia o Canadá tiene una fuerza expansiva que salta las fronteras y se extiende a otros países. En general, un Instituto que tiene mayor número de miembros está presente en mayor número de naciones. Hay congregaciones que están sólo en tres o cuatro países, y otras más numerosas que están en 50 ó 70 naciones. Lo positivo que ha traído la globalización es la facilidad de comunicación desde la casa generalicia

¹ Cf. LARRAÍN, Jorge *Testimonio*, n. 191, pp. 15-21

² Cf. LIBANIO, *Testimonio*, n. 191, p. 48

al resto de Provincias religiosas y también de los miembros de los diversos lugares entre sí.

Esto hace que puedan enfrentarse los problemas apostólicos globales con la contribución del personal de las diversas Provincias, por ejemplo, en respuesta a las nuevas pobrezas, a las migraciones, a la salud y educación en las regiones más pobres, el sostenimiento de obras internacionales o interprovinciales, equipos regionales, etc. Estas obras ayudan mucho a tomar conciencia de la pertenencia global al Instituto, al mismo tiempo que a la encarnación en el lugar.

La intercongregacionalidad, tal vez es el efecto más positivo que se ha dado después del Concilio y que ha sacado a muchos Institutos de su encastillamiento abriéndolos a la universalidad de la vida consagrada. Han surgido las Conferencias nacionales de Religiosos y Religiosas y la CLAR que aglutina a los 150.000 Religiosos y Religiosas de todos los Institutos y de todos los países del Continente. Los Centros de formación intercongregacional son de especial utilidad para las Congregaciones pequeñas que no tienen tanto personal preparado para la formación, pero también para las más numerosas porque les ha hecho salir de su autosuficiencia y de su aislamiento. La intercongregacionalidad ha enriquecido mucho a todos los Institutos y no ha perjudicado a la identidad y pertenencia a cada uno de ellos.

Con todo, es notable el ausentismo de los varones a las reuniones y cursos organizados por las Conferencias. Algunos hablan de la "parroquialización", lo mismo que de un activismo desbordante y de una organización de obras empresariales, que muestran cierto individualismo y autosuficiencia³. Como siempre, también aquí por justicia hay que resaltar que no faltan pequeños grupos de varones que dan dinamismo y seguridad a las Conferencias nacionales y que están al frente de obras e instituciones a favor de la Vida Religiosa.

También hay mayor cercanía con los Religiosos, Religiosas, sacerdotes y laicos del propio país con los que se trabaja en la misma obra apostólica o en el mismo barrio. El entorno social, económico, religioso contribuye no poco a la homogeneización de las inquietudes, los métodos y actividades.

Los Centros de formación intercongregacional son de especial utilidad para las Congregaciones pequeñas que no tienen tanto personal preparado para la formación, pero también para las más numerosas porque les ha hecho salir de su autosuficiencia y de su aislamiento.

³ Cf. CODINA, Víctor, *Testimonio*, n. 202, pp. 30-36

Efectos de la globalización y el post-modernismo

1. En el campo individual y social, el joven "descafeinado"

El resultado del ambiente que se vive en la sociedad y especialmente el de la "cultura juvenil" es el individualismo del "hombre light" que no deja de influir también entre la juventud de la vida consagrada. En la sociedad es el joven que tiene como aspiración máxima disfrutar de la vida a como dé, vivir la ley del menor esfuerzo hasta el extremo.

En la Vida Religiosa también se dan vestigios de ese hombre "descafeinado y chato" que exige respeto para su individualismo y flojera y que es incapaz de comprometer su vida con unos votos perpetuos y con un servicio incondicional, que rechaza todo sacrificio, abnegación, esfuerzo personal, compromiso definitivo.

Por supuesto, que esto no se puede afirmar de todos los/las jóvenes Religiosos, Religiosas porque hay muchos admirables por su disponibilidad y espíritu de servicio, por su sensibilidad hacia los pobres, por su fervor religioso, por su cordialidad y fraternidad, por su cariño a los ancianos, por su entrega generosa al apostolado. Así mismo son muchos los que no se contentan con una vida de oración superficial y buscan una relación con Dios transformante que los conduzca a un alto grado de fe y de amor y a una entrega sin condiciones al servicio del Reino.

Por lo demás, sin negar todas las deficiencias citadas, la misma globalización y el post-modernismo también tienen aspectos positivos que corrigen costumbres y tradiciones minuciosas que se arrastraban de generación en generación sin espíritu crítico y que son causa de sufrimientos inútiles y de crisis vocacionales evitables. Aún hay muchas personas mayores y de media edad que conciben la comunidad como observancia regular y ponen en las casas de formación un régimen de permisos, de horarios inflexibles, de puntualidad y silencio...y se olvidan de formar a las personas en su mundo interior: los criterios, la libertad, la afectividad, las convicciones personales.

Hay jóvenes provenientes de ambientes menos desarrollados o de temperamentos más pasivos a quienes les encanta sujetarse a normas y reglas que les ahorran tener que pensar y tomar decisiones. Pero la mayoría de los que aspiran a la Vida Religiosa, tienen iniciativa, aman la libertad, quieren vivir una fraternidad gozosa, desean desarrollar todas sus capacidades para hacer el bien. Estos sienten como una camisa de fuerza todas esas minuciosidades monjiles o clericales orientadas a la disciplina doméstica. El ambiente democrático en que viven, la internacionalidad, la globalización, la intercongregacionalidad les han abierto horizontes y les han ayudado a distinguir lo esencial de lo secundario, a asumir grandes empresas y enfrentar dificultades. No es buen método de formación hacerles volver a tomar actitudes infantiles.

2. En el campo religioso, la Nueva Era

También tienen repercusiones en el campo religioso. Ciertamente hay una sed de algo más que lo material, pero se busca un “dios domesticado” que no moleste mucho y un “dios a la carta” que eleve la mente hacia una trascendencia vaporosa, medio poesía y medio ilusión, pero no un Dios-Persona que es Amor y que reclama una entrega incondicional por amor. Dios no es un ser personal, sino un flujo, una estructura de energía, una pirámide psíquica de conciencia interrelacionada. Un dios que no es Dios. No hay pecado, no hay remordimiento, no hay moral exigente, no hay castigo.

En la relación con los demás se busca una convivencia pacífica y gratificante, pero no una solidaridad que exija desprendimiento. En el trato con los demás se busca el propio placer y bienestar. Es un “altruismo individualista”.

La Nueva Era también ha traído cosas buenas: un sentido de fraternidad universal, de paz y armonía, la toma de conciencia y el compromiso de hacer un mundo mejor. Así mismo, un sentido de tolerancia y respeto por los que tienen otras ideologías o profesan otras creencias, mayor personalización de la moral, valoración de ciertas dimensiones de la persona que a veces se habían olvidado en ciertos sectores

de la Iglesia: la intuición, el sentimiento, el placer legítimo, la gratuidad, la fiesta, el gozar de las cosas sencillas de la vida.

Todo esto repercute en el estilo de religiosidad que más atrae hoy a la gente: las reuniones fraternas donde hay mucha cordialidad, acogida y cercanía humana. Esto explica en parte el número de católicos que se pasan a confesiones o sectas donde encuentran mayor calidez y amistad, ciertamente más fácil en grupos minoritarios que en iglesias con mucha gente desconocida o en que se cuida más la fidelidad a las normas litúrgicas que a la acogida fraterna. Los jóvenes también prefieren cantos y oraciones movidas y novedosas que tocan la emotividad, en vez de una relación con Dios de contemplación solitaria que dé solidez y hondura a la vida espiritual.

3. En la dimensión cultural, la inculturación

Está en el otro extremo de la globalización. La inculturación del Evangelio y del evangelizador supone la encarnación en cada cultura para compartir la vida con el evangelizado⁴. Y en la Vida Religiosa la inculturación exige traducir el carisma del lugar donde se originó el Instituto a la cultura y al país donde lo tienen que vivir.

En los últimos decenios se ha acentuado mucho la necesidad de la encar-

⁴ Cf. *Santo Domingo* 230

nación del mensaje evangélico y del carisma religioso, tal vez en contraposición a la necesidad de la universalidad o globalización indiscriminada. El Religioso, la Religiosa evangelizadora ya no puede presentarse como quien conoce y posee la verdad y viene a imponerla a los ignorantes y pecadores. Es más bien un hermano, hermana en actitud de humildad y diálogo a sus hermanos, que reconoce las semillas del Verbo presentes en la cultura (SD 245) y procura completarlas y darles profundidad desde el Evangelio al anunciar que Dios es nuestro Padre y que todos somos hermanos y hermanas. Esto es reconocer que antes de que llegasen los misioneros a América, ya había llegado el Espíritu Santo, pero también que el Evangelio tiene mucho que aportar a las culturas.

Así mismo, el Religioso o la Religiosa han de conocer y amar la cultura en la que está inserto al mismo tiempo que ha de conocer en profundidad y vivir el carisma del Instituto⁵. El carisma, pues, ha de encarnarse en cada lugar. Esta labor es delicada y supone amor a la cultura y amor al Evangelio y al propio carisma. Por eso quienes mejor pueden realizar esta labor son los nativos y las nativas o los que se han compenetrado con la cultura y han asimilado profundamente y vivencialmente el carisma.

La inculturación, pues, tiene que complementar a la globalización, tiene que conservar y acentuar las características propias de la cultura para dar autenticidad y profundidad a la vivencia del carisma sin perder la apertura a la universalidad. Y la globalización ha de aportar las riquezas de lo común sin destruir ni apagar la vivencia de lo particular.

Pertenencia y tradición

Todo lo dicho hasta aquí puede expresarse también con las palabras pertenencia y tradición. La Tradición contiene los elementos más esenciales y dinámicos de la vocación y se va transmitiendo de generación en generación como el tesoro más preciado de la familia religiosa. La Tradición de un Instituto recoge en una unidad orgánica las palabras, los gestos, los comportamientos espirituales de sus miembros, las orientaciones doctrinales y apostólicas del Fundador o Fundadora, de los Superiores, de la Iglesia. La Tradición se expresa sobre todo en la vida, en las Constituciones y especialmente en la descripción del propio Carisma y del fin del Instituto.

⁵ Cf. *Vida Consecrata* 79, 80

Una espiritualidad mística y profética

*Los verdaderos
místicos y profetas
han sido símbolos
de Dios,
sus vidas
se han constituido
en lenguaje divino
que comunica
y transparenta la
voluntad
de Dios.*

*P. Víctor M.
Martínez Morales, sj.*

A partir del modo de vida, de las palabras y acciones de algunos religiosos y religiosas podemos verificar cierto desaliento, desánimo y apatía en la vivencia de la vocación. Es innegable hechos que verifican no sólo un modo de vida que ha perdido su sabor y su fin inicial, sino en muchos la pérdida de sentido en este estilo de vida.

Una mirada a nuestra cotidianidad nos coloca ante situaciones verdaderamente problemáticas en cuanto a nuestro estilo de vida y la manera como estamos viviendo nuestra consagración hoy. Los hechos que se han venido sumando en la historia de personas y comunidades producen, a nivel personal y colectivo, confusión y desilusión y no en pocos un estado de desconcierto y desencanto.

Lo triste de todo es la afección interna, el quiebre en la vivencia espiritual de muchos consagrados. Se constata un enfriamiento de las relaciones con Dios, se verifica una tibieza de corazón y una ausencia de radicalidad en el deseo de encontrarse íntimamente con el Señor. Con mayor tristeza aún se testifica estados críticos en verdad extremos, los cuales se manifiestan en la pérdida de la fe, la esperanza y la caridad.

Los motivos para haber llegado a estas situaciones límite han podido haber llegado de diferentes direcciones tanto desde el interior como desde el exterior de nuestras

comunidades. Consideramos que no es el momento para enumerarlos, lo que sí hemos de identificar son las consecuencias y los resultados que hoy podemos constatar. No estamos orando, no nos estamos encontrando a solas con el Señor, hemos dejado el ritmo y la dinámica propios del encuentro con Jesucristo.

¿Qué nos pasa? Pareciera que hemos perdido el ardor de nuestra vocación, la brújula se nos ha perdido, hemos desviado el camino, nos hemos dejado de encontrar con Dios, ha cesado nuestra búsqueda y nuestra sed de Dios. ¿Estamos siendo los religiosos y religiosas que el Señor quiere en el aquí y ahora de nuestra historia? ¿Cuál es nuestro testimonio y aporte para la Iglesia y el mundo de hoy, desde nuestro carisma y vocación? ¿Estamos siendo lo que hemos de ser y realizando lo que hemos de hacer?

Hemos de dar una mirada muy profunda a nuestro estilo de vida y a nuestro modo de proceder para poder desde allí, desde nuestra fidelidad a nuestra consagración responder creati-

*¿Cuál es nuestro testimonio
y aporte para la Iglesia
y el mundo de hoy
desde nuestro carisma y vocación?
¿Estamos siendo lo que hemos de ser
y realizando lo que hemos de hacer?*

vamente a nuestra manera de orar y de relacionarnos con el Señor. Se nos impone una mirada a nuestra espiritualidad e interioridad; un esfuerzo en recobrar el deseo de santidad la cual no puede ser acogida y cultivada sino en el silencio y la adoración.

Una espiritualidad de intimidad

Hemos de recuperar tiempos y espacios para encontrarnos a solas con nuestro Dios. He ahí la fuerza real del místico y del profeta, aquella que le viene del Señor. Momentos de desierto, de retirarnos a la montaña, de remar más adentro; apartarnos tras la búsqueda del encuentro personal, íntimo y amoroso con nuestro Dios.

Encontrarnos a solas con nuestro Dios, no conlleva encerramiento, aislamiento o repliegue caprichoso sobre un deleite personal y egoísta de autosatisfacción trascendental. No se trata de una espiritualidad intimista que me aparta de los otros y lo otro. Se trata de poder verle a Él cara a cara, de sentirme por Él seducido, amado, enviado. El saber que no hay intermediario alguno entre Él y yo, ni palabras, ni ruidos, ni cantos, ni plegarias, etc. Se trata de saberme desnudo ante Él con lo que soy y poseo.

He ahí la necesidad del silencio, hemos de optar por el silencio, aprender a descubrirle a solas en la intimidad de nuestro corazón nos llevará a saber callar. He de aprender a hacer silencio,

sin el silencio no podré oír su voz. Es tal el ruido y la palabrería en los que estamos sumergidos que es imposible escucharnos, cuánto más escuchar a Dios. No es posible oír la voz de Dios si no hacemos silencio en nuestro interior, en nuestro alrededor, en nuestra vida. El silencio interior del corazón el cual se logra desde el silencio exterior nos lleva a escuchar la voz de Dios que se hace luz, sonoridad, presencia de Dios.

La fidelidad a la oración nos lleva a establecer una relación profunda y honda con el Señor. No excluimos el mundo de nuestro encuentro con Dios, sino que queda contemplado desde la mirada transformadora de nuestro Dios. Allí al cerrar la puerta cuando vamos a orar, el mundo con sus preocupaciones e inquietudes se hace presente, el no queda excluido de nuestros corazones sino recuperado desde Dios. Es así como al profundizar nuestra amistad con Dios tal intimidad me hace comprometerme más con el hermano, la hermana. Entre mayor sea el conocimiento que adquiera de Dios, mayor es el amor que suscita en mí y mayor mi seguimiento.

No hay místico ni profeta que no se haya encontrado cara a cara con Dios. Que no haya dedicado largas jornadas de encuentro personal e íntimo con Él. Sus vidas y su vocación serían incomprensibles sin estos momentos y lugares de encuentro que los llevó a responder como lo hicieron. La fidelidad no se improvisa, ella se va construyendo de momentos de intimi-

dad, profundidad, hondura amorosa, desnudez del corazón, silencio y ascesis que lleva a abrir y dilatar el corazón para que en él venga a habitar el Señor, los hermanos y hermanas.

Una espiritualidad de transparencia

La transparencia del corazón se forja en la relación con Dios. La transparencia forma parte de nuestra respuesta vocacional. La transparencia dice algo más que la sinceridad en cuanto apunta a toda una actitud interior mucho más estable, de intención recta, de pureza de deseo, de sana simplicidad. Se trata de un corazón que ha superado las afecciones desordenadas que son las que siempre nos están ocultando el doble fondo del corazón.

La transparencia apunta a la limpieza del corazón, ella se logra desde la oración. Tiempos fuertes de encuentro con Dios, ejercicios del espíritu, la pedagogía de la formación espiritual son los caminos para irnos haciendo transparentes. Cultivar una íntima familiaridad con Dios, desde la amistad con Cristo en la contemplación de sus misterios y en el deseo de vivirle mediante los sacramentos es el proceso para una espiritualidad de la transparencia. Vamos creciendo en transparencia si crecemos en familiaridad con Dios, entre mayor sea nuestra confianza con Dios, mayor es nuestra transparencia con él y en nuestras relaciones humanas.

Gracias a la transparencia se edifica una sólida vocación. La claridad y sinceridad con las que procedemos va constituyendo la integración de nosotros mismos y de nosotros con los otros y con Dios. Sólo desde una plena transparencia pueden colocarse los firmes fundamentos de una vocación. Es así como todo aquello que impide nuestra vocación no será objeto exclusivo de mi responsabilidad sino objeto del interés común, me hago responsable de la vocación de mi hermano y hermana. Surge así la aceptación alegre de la corrección fraterna, la mutua corrección entre hermanos y la corrección del superior o la superiora.

La transparencia espiritual nos lleva a crecer en confianza sincera y sencilla humildad, propias para sentirnos necesitados de Dios. Propio del mal espíritu es resistirse a la transparencia, quiere estar oculto, mantenerse escondido, no ser descubierto. El trato abierto y confiado con Dios, de disponibilidad y obediencia a su voluntad, como con quienes son nuestros acompañantes nos hace mantener la bondad de corazón, la verdadera libertad.

*El silencio interior del corazón
el cual se logra desde el silencio exterior
nos lleva a escuchar la voz de Dios
que se hace luz, sonoridad,
presencia de Dios.*

La transparencia espiritual nos lleva a ser palabra elocuente para los demás, todo lo que somos y hacemos se convierte en lenguaje de nuestra simplicidad religiosa. La transparencia manifiesta un sentido alegre y gustoso de pertenencia, un ambiente de armonía capaz de propiciar relaciones sencillas, fluidas y abiertas lo cual nos lleva al crecimiento de una confianza mutua. Una espiritualidad de la transparencia crea al interior de nuestra comunidad el vínculo de la obediencia como la mejor dinámica para la unión.

He ahí la realidad desnuda de místicos y profetas. Hombres y mujeres que transparentaron lo que eran ante Dios y ante la humanidad. Hombres y mujeres que manifestaron con sus vidas y sus palabras aquello que llevaban dentro, su propia verdad. Fueron transparencia de Dios en cuanto transparentaron con una existencia coherente el actuar de Dios, se testificaba la coherencia entre lo que aparecía y su interior de manera que se mostraba, a través de ellos, el fondo de sus personas y la obra de Dios en ellas.

Una espiritualidad de conversión

La relación con Dios nos desinstala, desubica, nos mueve el piso. Quizás la misma resistencia que creamos para encontrarnos con él, es nuestro deseo a permanecer como estamos. De una u otra forma, el encuentro con Dios me incomoda, y su llegada causa malestar,

*La dinámica propia
de la conversión
nos conduce a llenarnos
de admiración ante el amor
misericordioso de Dios.*

Es su amor el que nos transforma.

*Entre mayor sea nuestra
experiencia del amor de Dios
hacia nosotros y nosotras
mayor es nuestra capacidad
de conversión.*

insatisfacción. Si de veras me encuentro con él, no volveré a ser el mismo. He ahí los comienzos de todo proceso de conversión.

El encuentro con Dios nos lleva a una conversión de corazón. Encontrarnos con Dios nos lleva ante todo a sentirnos verdaderamente amados. Su amor apasionado, gratuito, desbordante nos abraza y abrasa en todo momento, somos sujetos de su amor creador y el encuentro con Él así lo actualiza. Desde allí queda al descubierto el amor, un amor pequeño, mezquino, interesado, tazado. Descubrimos que dado su amor, como torrente de luz que todo lo inunda, la vida queda al descubierto desde nuestras sombras y oscuridades. Podemos constatar, ver y sentir la desnudez e impotencia, tomamos conciencia del pecado, de nuestra respuesta mediocre, del seguimiento a medias.

El encuentro con Dios nos lleva a una conversión de corazón. Encontrarnos con Dios nos desenmascara, descubre la acción del mal espíritu en nosotros, nos hace ser conscientes de nuestro desorden interior y exterior. El primer paso para liberarnos es el conocimiento del pecado, y a eso nos conduce el encuentro con Dios. Aceptar nuestra autosuficiencia, nuestra conciencia de pecador o pecadora, a descubrir el pecado que habita en nosotros, la incoherencia, la omisión, el proceso del mal. Y por consiguiente sus causas y consecuencias.

La dinámica propia de la conversión nos conduce a llenarnos de admiración ante el amor misericordioso de Dios. Es su amor el que nos transforma. Entre mayor sea nuestra experiencia del amor de Dios hacia nosotros y nosotras mayor es nuestra capacidad de conversión. De ahí el valor de la oración, entre más nos encontremos con Él, entre más nos dejemos amar de Él mayor será nuestro ser y actuar como Él. He ahí el milagro del cambio, la maravilla de la conversión, no se trata de esfuerzos sobrehumanos, forzosas cargas o propósitos voluntaristas, sino tan sólo en dejarnos amar por Dios.

Muchos de los grandes místicos y profetas en sus comienzos han huido de la presencia de Dios. Sabían que el encuentro con Él les cambiaría sus vidas. La transformación vivida les llevará a aceptar la misión por Él impartida, a buscar constantemente su voluntad y a no dejar de hacer, aún en momentos difíciles, lo que les ha sido

mandado. bEncontrarnos verdaderamente con Dios nos compromete con nosotros mismos, con los otros y ante todo con Él.

Una espiritualidad liberadora

La relación con Dios que nos lleva a la conversión personal se traduce en cambio institucional y en compromiso de todos y todas. Es decir, la relación con Dios nos va comprometiendo de tal manera que no sólo mi vida sino todo mi entorno, quienes me rodean, el mundo que me circunda van quedando impregnados de la acción de Dios.

El encuentro con el Señor me hace libre, libre para amar, libre para Dios. Libre del mundo, libre de mis ataduras y esclavitudes. La relación con el Señor desde la intimidad de mi oración me va liberando desde dentro de mí mismo; libertad que es el reconocimiento de Jesucristo hombre libre, gracias a Él a su actuar en mí, me hace libre (Gal 5,1). La acción del amor misericordioso de Dios en mí me libera, tal es el resultado de quien se encuentra verdaderamente con el Señor, no podrá seguir igual, ha conquistado su libertad.

Tal experiencia del amor misericordioso de Dios que me libera es exigencia de actuar a la manera de Dios en la relación con los otros. Dios se ha inclinado en la persona de su Hijo por el débil, el pobre, el enfermo, el pecador. Tal ha sido la acción de Dios, su actuar propio es salvar, liberándonos de

aquello que nos ata y no nos permite ir a su encuentro. La experiencia de su amor es la que nos lleva a actuar de igual forma. Se trata de responder vitalmente a aquella pregunta: “¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores” (Lc 10,36).

El encuentro con el Señor es exigencia de liberación. La práctica del amor misericordioso con quien es víctima de la realidad hostil y adversa es espacio de libertad; en una realidad donde la opresión y explotación parece asfixiarnos, este encuentro con el Señor es estímulo de justicia. Es el amor misericordioso de Dios el que nos da sentido para luchar contra toda forma de esclavitud que ahoga nuestras existencias y nuestra ansia de libertad. Es así como, del encuentro con el Señor la justicia se nos impone como tarea, camino, misión que hemos de realizar.

Entre mayor es la relación con el Señor mayor es el compromiso liberador que se genera a nuestro alrededor.

*El encuentro con Dios
nos lleva a una conversión
de corazón. Encontrarnos
con Dios nos desenmascara,
descubre la acción del mal espíritu
en nosotros, nos hace ser conscientes
de nuestro desorden interior
y exterior.*

La inclinación por el pequeño, el pobre, el desvalido no es una acción distinta a la expresión del amor misericordioso que nos hace ir forjando un corazón solidario con particular interés por detectar el menor, el indefenso, el necesitado para levantarlo, defenderle, hacerle valer, colmar su necesidad. Nuestra acción de solidaridad a favor de los otros, como nuestra promoción de la justicia brota de la respuesta exigente al amor misericordioso de Dios.

He ahí la acción liberadora de muchos místicos y profetas a favor de su pueblo. La praxis de la misericordia surge de la relación amorosa de Dios, de sentir en ellos como Dios ejerce su justicia y misericordia en su favor. El trabajar por la defensa de la vida, la dignidad de la persona, la recuperación de los derechos y el hacer que la vida humana sea verdaderamente humana brota como misión del encuentro amoroso con Dios. Su tarea a favor de los demás, particularmente del caído, desplazado, golpeado es la respuesta al mandato imperativo de sentirse profundamente amado “vete y haz tu lo mismo” (Lc 10, 37).

Una espiritualidad simbólica

La relación con el Señor se ha de expresar de manera elocuente y significativa. La búsqueda de Dios y su presencia en el corazón del consagrado lleva a múltiples formas de espiritualidad todas ellas han de encontrar cauces de manifestación, maneras de poder ser expresadas y compartidas. He ahí el

lenguaje de la plegaria: el gesto, el dicho, el hecho y la palabra cargados de sentido para Dios.

Quienes son personas de oración, -el hombre y la mujer de Dios-, van construyendo un código de encuentro, un vocabulario propio, una manera y un ambiente que propicia el diálogo con Dios. Muchas veces sobran las palabras, no hacen falta los sentidos o se ha de evitar las fórmulas. El encuentro con Dios nos introduce en el mundo de lo simbólico, nos vamos haciendo sacramento en la medida que nos encontramos con Dios. Todo nos habla de Dios en la medida que hacemos del mundo el lugar de encuentro con él. He ahí los signos de los tiempos y los lugares, el hacer que todo espacio y tiempo nos hable de Dios.

Es así como la oración se convierte en símbolo de la presencia de Dios en la vida. Nosotros, nosotras nos hacemos símbolos de Dios al hacernos oración testimonial por la forma de ser y de actuar. Símbolo de Dios es todo aquello que logra ser transparencia de Dios por lo que es, por su constitución y por lo que realiza, por sus acciones. El símbolo produce atracción, logra producir una fuerza de empatía, une, congrega, integra. Y así, al igual que Jesús, todo símbolo de Dios, atrae hacia él, invita a ser y hacer como Dios.

Nuestra vida de oración y familiaridad con Dios nos va haciendo símbolo de Dios al sentirnos cada vez más atraídos por él. Entre más nos encontremos con Dios más sentimos su pre-

sencia, más somos testigos de su amor, nos sentimos en verdad simpatizantes de su causa, seguidores, seguidoras de su estilo de vida, más seducidos, seducidas por el programa del reino. Por el contrario, la ausencia de la oración, la pérdida de espiritualidad, el vacío de Dios nos hace comportarnos de manera diabólica. Su palabra nos produce fastidio, nos sentimos señalados, cuestionados y descubiertos produciendo en nosotros malestar, fastidio e inconformidad y por tanto alejamiento, toma de distancia y rechazo.

Los verdaderos místicos y profetas han sido símbolos de Dios, sus vidas se han constituido en lenguaje divino que comunica y transparenta la voluntad de Dios. Símbolos de la dulzura de Dios, quienes con sus vidas anudan, congregan, vinculan alrededor del Señor; símbolos portadores de comunión, integración, unidad. Su forma de ser y de actuar se hace para otros incómoda, se convierten en crítica que logra cuestionar y descomponer. Símbolos, cuyas formas de vida y juicios se hacen temerarios para otros, quienes los tildan como causantes de ruptura, propiciadores de desarmonías y división.

Una espiritualidad radical

La relación con Dios a través de la oración viene a confrontarnos con el sentido último de nuestra consagración: el seguimiento radical de Jesucristo, tal es el fundamento de nuestra vida religiosa. Es entonces en la vida diaria,

en lo cotidiano de nuestro peregrinar donde el encuentro con Dios, mi vida de oración, mi cercanía con él viene a pulsar mi seguimiento.

La radicalidad del seguimiento viene a estar dada en el despojo personal, haberlo dejado todo y el cargar con la propia cruz. Sólo la vida de encuentro personal e íntimo con el Señor nos mantiene fieles en la vivencia de dicha radicalidad. La confianza radical en el Dios de Jesús, en el cual se apoya nuestro proyecto de vida, es la que nos hace saber, a ciencia cierta, si estamos o no siguiendo el camino de nuestra consagración.

La radicalidad de la entrega viene a estar dada en la calidad de nuestra oblación. Si nos estamos dando a la manera de Jesucristo. Si nuestras vidas son vidas a favor de los demás, si nuestra manera de existir es a la manera de existir de Jesucristo, si nuestras existencias son existencias para los demás. ¿Me estoy extinguiendo como la luz, “sobre el candelero para que alumbré a todos los que están en casa” (Mt 5,15)? ¿Soy dador y portador de vida de manera abundante (Jn 10,10)? ¿Soy el pastor bueno capaz de dar la vida por mis ovejas (Jn 10, 15)?

La radicalidad de la cruz descubre la verdad de nuestro proceso vital de consagración en cuanto que todo discernimiento ha de pasar por el dolor y el sufrimiento de la cruz. Ella coloca al descubierto falsos equilibrios, justos medios que nos hacen no más verticales que horizontales, personalidades tibias

de sabor y color insípidos, mediocridades respaldadas por falsas espiritualidades. Es así como la radicalidad de la cruz implica el radicalismo del amor.

Todos nuestros compromisos como consagrados se afinan en esta experiencia radical de fe de tal manera que toda la vida religiosa se hace testimonio de esa fe radical. Recobrar hoy esta espiritualidad radical a partir de nuestra consagración exige fundamentarla en Jesucristo sentido único y último de nuestro modo de ser y de proceder; él ha de ser la causa del despojo de nosotros mismos, haber podido dejarlo todo, haber tomado nuestra propia cruz y haberlo seguido.

Todo místico y profeta va descubriendo en su interior como su opción por Cristo es una opción radical. Jesucristo se establece como el único compromiso absoluto de sus vidas. Es su fidelidad radical al seguimiento de Jesús la que les lleva a eliminar el falso equilibrio de servir a dos señores (Mt. 6,24). La radicalidad implica el nacer de nuevo (Jn. 3,4), el hacerse como niños (Mt. 18, 3), el ocupar el último lugar (Mc. 9,35), el ser triturado como el grano de trigo. La radicalidad viene a pulsar el corazón desde el sentido último de su consagración y misión por ello son capaces de vivir una fidelidad absoluta a Dios, una renuncia al poder y a la violencia y una vivencia de la caridad hasta el extremo.

Una espiritualidad para el conflicto

La relación con el Señor nos lleva a verificar y constatar las dificultades que conlleva su seguimiento. El enfrentar situaciones difíciles, adversas y hasta contrarias al modo nuestro de ser y de proceder, provenientes del interior de nosotros mismos o del mundo que nos ha tocado vivir a partir de personas, tiempos y lugares determinados, sólo se logra desde una vida interior sólida, firme y arraigada en Dios.

Los conflictos llegan de nuestra misma interioridad, de nuestra propia vida interior. Se trata de la acción de la presencia del espíritu del mal en nosotros. Dejarnos seducir por nuestras afecciones desordenadas y ceder ante las tentaciones del maligno. Nuestra vida espiritual de intimidad y estrecha relacionalidad con Dios ha de hacer frente a aquella desarmonía conflictual que se manifiesta en la desarticulación que puede presentarse entre lo que pensamos y lo que queremos, entre lo que queremos y lo que hacemos. Sólo desde nuestro encuentro con Dios podemos hacer frente a nuestra incoherencia vital.

Los conflictos provienen de nuestro mundo. No somos ajenos a la realidad que vivimos, somos el resultado de nuestras familias, del tejido histórico de nuestros pueblos. Su vida, situación e historia nos ha marcado y afectado. La realidad del mundo actúa de manera contraria ante nuestra opción de vida a

favor del Evangelio. Ella se hace seductora desde una lógica atrayente y despliega ante nosotros todo el poder y boato de lo que es capaz según la época y el atractivo de la moda de turno.

Los conflictos se presentan ante ambientes y situaciones socio-culturales contrarios a la presencia de Dios. Se entra en conflicto de cara ante el individualismo, el consumismo, la fuerza del poder, tener y placer, la cotidianidad de la rutina como las tensiones, obstáculos y oposiciones provenientes de la lógica del mundo ante la vivencia de nuestros votos, la acción apostólica que se realiza o la presencia de solidaridad fraterna que se irradia. Ello nos hace contraculturales, causantes de un desorden y propiciadores de unos valores contrarios a los del mundo.

Desde la fidelidad orante del encuentro con el Señor logramos formarnos en el sentido y significación del conflicto; desde una vida interior vigorosa y lúcida podremos hacer frente a situaciones contrarias y adversas a nuestra vocación; desde la integración y coherencia de nuestro modo de ser y de proceder somos capaces de responder a la crítica que nos desune y divide; desde la contemplación que se traduce en acción, somos testimonios desde el compromiso real.

La vida de místicos y profetas se enfrentó al conflicto que se creaba en primer lugar al interior de ellos mismos, entre el llamado y envío del Señor y su incapacidad, impedimento y pecado que les llevaba a negarse y rechazar

tal encargo. En segundo lugar, en relación con su estilo de vida y el mundo que les correspondió vivir. La tentación de evadir el conflicto, esconderse de él o rehuir los problemas siempre ha estado presente; sin embargo, su espiritualidad los lleva a encarar el conflicto, saberle enfrentar y arremeter en combate espiritual (Ef. 6, 10-20).

Una espiritualidad de inserción

El verdadero encuentro con el Señor sólo se logra desde un corazón inserto en la realidad. Salimos al encuentro del Señor desde un mundo que nos interpela y preocupa. No podemos tomar las alturas de la contemplación divina sino a partir de un corazón suficientemente conocedor de la fragilidad y del lamento humano. Sólo se eleva a las alturas profundas de la meditación con Dios quien está enclavado en el terruño de su habitación, quien conserva un polo a tierra con su realidad, quien es conocedor de su barrial.

Nuestra relación con Dios se logra a partir de sus criaturas. Hemos de aprender a verles, escucharles, sentirles... He ahí la importancia de saber mirar y oír con el corazón, sólo cuando captamos desde el interior podemos percibir la acción del Creador. Una espiritualidad de inserción es una espiritualidad ecológica, una espiritualidad capaz de descubrir la voz de Dios que nos habla desde la madre tierra, el bosque, la montaña, el manantial. Toda la creación se hace milagro de Dios.

Nuestra relación con Dios se logra a partir de la realidad. Hemos de aprender a descubrir a Dios que nos habla en la historia, en los acontecimientos de nuestra vida, en el diario vivir de nuestras situaciones. Dios se hace presente en las circunstancias y hechos que vivimos. Una espiritualidad de inserción es una espiritualidad de la realidad, una espiritualidad capaz de descubrir la voz de Dios que nos habla desde la ciencia, la técnica, los adelantos y desarrollos cibernéticos, los medios de comunicación. Ninguna realidad queda excluida de la presencia divina.

Nuestra relación con Dios se logra a partir del encuentro con los otros. Dios nos habla a través de la vida de los demás. Los otros son manifestación de Dios. Hemos de aprender a descubrir el actuar de Dios detrás de cada rostro. Cada existencia es una palabra de Dios encarnada. Una espiritualidad de inserción es una espiritualidad de lo humano, de lo profundamente humano. Ahora bien, la predilección de Dios por el pobre, nos lleva a inclinarnos hacia ellos para poder escucharle, a insertarnos en ellos para poder descubrirle, convivir con ellos para poder hallar su voluntad. El hombre -varón, mujer-, se hace transparencia de Dios, el pobre es su sacramento.

Los místicos y profetas se han caracterizado por una espiritualidad de inserción. Miradas que alcanzan las alturas del cielo gracias a ojos muy anclados en las realidades terrenas. Corazones insertos en la madre naturaleza, contemplativos de la danza de la crea-

ción. Corazones suficientemente conocedores de su mundo, realidad y entorno. Corazones conocedores de sus contemporáneos con especial predilección por los pobres. Hombres y mujeres con los pies en la tierra, sabedores de lo que sucede a su alrededor. Sólo desde la realidad del barro se logra descubrir la verdad de Dios, sólo desde la inmanencia se nos transparenta la trascendencia. He ahí la fuerza mística y profética: la profunda e íntima relación con Dios se logra desde una profunda e íntima inserción.

Una espiritualidad de Discernimiento

El encuentro con Dios nos hace hombres y mujeres de discernimiento. Nuestra especialidad ha de ser siempre el Espíritu, hemos de conocer, identificar y definir cuales son las iniciativas del Espíritu en nosotros, en el mundo, en la historia. Es así como el discernimiento debería ser connatural a toda persona de vida de oración, de una delicada y fina relación con Dios.

*Los místicos y profetas
se han caracterizado
por una espiritualidad de inserción.
Miradas que alcanzan
las alturas del cielo
gracias a ojos muy anclados
en las realidades terrenas.*

El discernimiento esta suponiendo adentrarnos en el misterio de la búsqueda de la voluntad de Dios, ¿Qué quiere el Señor de mí en el aquí y ahora de mi vida? No hay nada más ajeno al discernimiento que las seguridades de juicio o de opción; no discierne aquel que ya ha tomado una posición, aquel que no ora o aquel que no posee libertad. Hemos de dejarnos conducir por Dios, sus caminos no son nuestros caminos, de ahí la importancia de dejarnos llevar por su Espíritu.

No puede haber discernimiento sin oración ni libertad. Todo discernimiento en la búsqueda de tomar una buena decisión ha de ser orado y libremente vivido. He de encontrarme con el Señor, he de poner ante él mis intenciones y propósitos, mis intereses y pareceres en relación con lo que tengo entre manos. Junto a ello he de ser muy sincero conmigo mismo y con los otros desde el propósito y objeto de mi decisión. Es importante haber logrado la libertad deseada ante lo que me propongo decidir. Se afirma que nunca seremos suficientemente libres, sin embargo, no debemos desfallecer en intentarlo y tratar de conseguirlo ante las encrucijadas que nos presenta la vida.

No aprendemos a discernir sino practicando. El arte de discernir se aprende dejándonos llevar por el acompañamiento espiritual, el estudio, la práctica, el preguntar, equivocarnos y volver a intentarlo, ir adquiriendo experiencia. Discernir no es ver con claridad lo que he de obrar o lo que he de dejar de hacer. Discernir es ser dóciles en

dejarnos llevar por Dios, así no lo entendamos ni comprendamos. Discernir es una osadía en cuanto supone el concurso de Dios. Se trata de abandonarnos confiadamente en las manos del Señor: la osadía de dejarnos llevar por el Espíritu.

Sólo quienes son fieles a Dios son los que han avanzado es este caminar, pues el discernimiento espiritual pretende ayudar a hacernos conscientes de todos los movimientos interiores que se dan buscando su origen y cómo se pueden ordenar. El discernimiento espiritual nos lleva a buscar, percibir, descubrir y distinguir qué espíritu está actuando en un momento determinado de mi vida para actuar de manera consecuente con la voluntad de Dios. El discernimiento es un proceso de búsqueda y al mismo tiempo es un carisma; como don hemos de pedirlo y como tarea no desfallecer en practicarlo, es para beneficio nuestro y de los demás.

Pareciera fácil tomar una correcta decisión en la vida si nos hacemos la pregunta ¿Qué quiere Dios de mí en el aquí y ahora de mi vida? Sin embargo, conozco a muchos religiosos y religiosas que se han pasado la vida buscando sin hallar la voluntad de Dios, otros tratando de convencer a Dios de aceptar su voluntad, en vez de ir hacia Dios lo traen a sus intereses, y un grupo, no poco numeroso, que aún habiendo buscado y encontrado la voluntad de Dios se resisten a ponerla en práctica.

Místicos y profetas han sido ante todo personas de discernimiento. La

profundidad en la intimidad con el Señor les ha llevado a saber conocer sus mociones, por dónde les va conduciendo el Espíritu de Dios. El clima de discernimiento inspirado en el gozo y la paz que trae la presencia de Dios confirmando la decisión lleva a la satisfacción de ir por la senda justa, por el camino correcto, quizás en algunas ocasiones no el querido por mis gustos o inclinaciones, pero sí el deseado por Dios. Toda una atmósfera se construye alrededor de la elección, un ambiente que nos hace sentir desde la alegría espiritual dados los frutos que se operan que aquello que hemos elegido es querido por Dios.

Una espiritualidad mística y profética es aquella que proviene de la íntima relación con el Señor, en donde el corazón se hace transparente para ser trabajado por Dios. Obra de conversión realizada desde el amor misericordioso de Dios que nos lleva a la verdadera entrega en un compromiso radical por él en los hermanos haciéndonos capaces de afrontar todo conflicto y superando todo obstáculo, símbolo liberador de

una mirada cargada de esperanza en una mañana que hemos de realizar desde el presente que vivimos.

Bibliografía

- AUTORES VARIOS, *Celibato por el Reino: carisma y profecía. "Como yo he amado" Jn 15,12*, Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada, Publicaciones Claretianos, Madrid, 2003.
- CASTILLO, JOSÉ MARÍA, *El futuro de la vida religiosa. De los orígenes a la crisis actual*, Editorial Trotta, Madrid, 2003.
- MADERA IGNACIO, *Signos del presente y vida religiosa en América Latina –En los caminos de la refundación–*, Paulinas, Bogotá, 2002.
- MADERA, IGNACIO, *Por el camino de Emaús –Una aventura de refundación–*, Colección Experiencias 169, Indo-American Press Service Ltda., Bogotá, 2001.
- MARTÍNEZ, FELICÍSIMO, *La frontera actual de la vida religiosa. Bases y desafíos de la refundación*, San Pablo, Madrid, 2000.
- MARTÍNEZ, FELICÍSIMO, *Refundar la vida religiosa. Vida carismática y misión profética*, San Pablo, Madrid, 1994.
- MARTÍNEZ, VÍCTOR, *Fidelidad creativa en la vida consagrada*, Paulinas, Bogotá, 2003.
- MARTÍNEZ, VÍCTOR, *Refundación y profetismo en la vida consagrada*, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología, Bogotá, 2002.

*Una espiritualidad mística
y profética es aquella
que proviene de la íntima
relación con el Señor,
en donde el corazón
se hace transparente
para ser trabajado por Dios.*

La experiencia mística en un momento singular

*Algo ha ido pasando
en la economía,
la política y los tejidos
ideológicos de América
Latina que nos pide
vivir la aventura de
nuestro estilo de vida
generando nuevas
conversaciones
por el camino y
evitando discusiones
en la casa que no
tienen vigencia sino
para quienes quieren
vivir atados al pasado
sin dar los pasos que
requiere el presente
para conducirnos de
otras maneras hacia
la construcción
del porvenir.*

*P. Ignacio
Madera, sds*

Los ruidos del presente

Los discípulos de Emaús discutían por el camino acerca de las cosas que habían pasado en Jerusalén. Su discutir les impedía darse cuenta de lo que se había definido con la muerte de Jesús, lo que significaba la resurrección y el sentido de la fracción del pan como experiencias que hace actual la presencia viva del resucitado. Las discusiones no permiten ver, oír o entender. Las discusiones, cuando son acaloradas, solo señalan la competencia agresiva de voluntades que no ceden o de racionalidades que se transforman en irracionalidad terca y dañina.

También hoy, la vida religiosa de este continente puede venir acelerada discutiendo por el camino tantas cosas que no son las que le permiten darse cuenta que el crucificado-resucitado sigue allí, esperando que le invite a entrar para revelarles, una vez más, la necesidad de orientarse hacia el descubrimiento de su presencia. Es muy fácil vivir exaltados y exaltadas cuando el norte no es la vivencia ilusionada y sugerente de la Palabra de Dios revelada en la Escritura Santa, unida a la búsqueda de hacer actual las intencionalidades del espíritu de nuestros fundadores y fundadoras.

Si, hay ruidos en este momento de la vida religiosa. Por ello quiero invitarles e invitarme a tomar conciencia

de algunos de esos ruidos, de esas discusiones del camino que no dejan percibir que El viene allí, a nuestro lado, escuchando esos sonidos disonantes que no conducen a ninguna parte y si generan desencanto y desilusión. Me voy a permitir reflexionar con ustedes en dos que vienen a mi conciencia en este momento:

El individualismo

El predominio sin controles del sujeto tiene consecuencias sobre la experiencia religiosa, sin precedentes en mucho tiempo. El individualismo contradice la primera reacción de los cristianos al acontecimiento de fe que es la resurrección. Después de la resurrección los seguidores del camino se constituyen en comunidades fraternas centradas en el recuerdo de los dichos y hechos de Jesús, la fracción del pan, la oración y el compartir de los bienes (Hech 2,42).

El individualismo conduce a largas discusiones por el camino de la vida acerca de la necesidad o no de celebrar diariamente la eucaristía, sobre el sentido de eucaristías celebradas por ministros monótonos y carentes de imaginación, a la dificultad de encontrar la celebración en lugares apartados o remotos, a la cerrazón a partir de las rúbricas y a la incapacidad de lograr una eucaristía significativa fruto de una liturgia inculturada según la mente del Concilio Vaticano II. Centrados y centradas en la visión individual del sen-

tido, a partir de las formalidades externas, se llega a relativizar la eucaristía y se le convierte en fardo doloroso o en trivial cumplimiento de la norma.

El individualismo lleva a la pérdida del sentido de la necesidad de orar juntos, de reconocer al Señor presente allí donde dos o tres están reunidos en su nombre. O, lo que es más triste y peor, conduce a una relativización de la necesidad de preparar, de discernir y de proponer formas de oración que hagan plena la vida de las comunidades convirtiendo la liturgia de las horas en monótona repetición de palabras cuyo sentido no se gusta ni se capta. Se discute porque se piensa que se puede orar en solitario, en el bus o en la calle y no es necesario encontrarse comunitariamente, se afirma que es suficiente el sentirse vinculado afectivamente a la comunidad lejana. Se discute si para orar es necesario estar juntos o juntas en un lugar determinado, si el Señor no lo invade y lo penetra todo, si tiene sentido orar en una comunidad en donde no hay sintonía, en donde cada uno camina por su lado, etc. Se discute, se discute y se discute.

El individualismo conlleva la imposición de la voluntad personal y la pérdida del sentido del compartir los bienes. Cada uno empieza a buscar su propio interés. Y se desarrollan personalidades autócratas. Se discute si los sueldos deben ser entregados en su totalidad, si los regalos, pensiones y otros ingresos no deben ser administrados personalmente o se debe dejar una parte al libre arbitrio decisorio del

religioso o religiosa. Por otro lado, se actúa como si lo de la comunidad fuera propiedad personal cuando se es administrador o administradora, ecónomo o ecónoma, exigiendo a los y las demás lo que uno mismo no hace: dar cuentas estrictas y exactas, informar de lo más mínimo, pero que a nadie se le ocurra pedirme cuentas a mí o insinuarme por donde debe ir la orientación de mis acciones en relación a la administración de los bienes y al compartir de los mismos.

El individualismo por lo tanto contradice la experiencia cristiana que realiza la dimensión comunitaria de la vida a partir de la conciencia de la Resurrección. Si El vive, entonces debemos unirnos los unos a los otros y las otras para realizar la comunión de los hermanos y hermanas reflejo de la comunión que es Dios, Trinidad Santa, divina comunicación de las tres personas en la unidad del Uno.

*El individualismo nos confunde.
Como los discípulos de Emaús
andamos por los caminos
de la vida religiosa sin escucharnos,
sin conocer la profundidad
de la soledad de cada uno y cada una,
sin oír los lamentos de los hermanos
y hermanas que, como nosotros
y nosotras, han consagrado
su vida en este estilo de vida.*

El individualismo nos confunde. Como los discípulos de Emaús andamos por los caminos de la vida religiosa sin escucharnos, sin conocer la profundidad de la soledad de cada uno y cada una, sin oír los lamentos de los hermanos y hermanas que, como nosotros y nosotras, han consagrado su vida en este estilo de vida. No escuchamos porque lo que ha sucedido en Jerusalén nos trae aturdidos. Eso sucedido pueden ser los cambios no reflexionados, las nuevas formas de rezar que no fueron implementadas con decisión y mantenidas con creatividad y esperanza, los compromisos con los pobres que posiblemente en algunos casos se han ideologizado pero que igualmente con tanta facilidad hemos dejado, la afectividad descontrolada y la sexualidad no educada.

La comodidad

Las nuevas posibilidades que va dando el desarrollo tecnológico va generando una religiosa, pero sobre todo un religioso, light, que cada día genera nuevas posibilidades de acomodarse, de instalarse. Tal parece que la comodidad sustituye la lucha, el esfuerzo y el sacrificio que parecen no entrar en los registros de lenguaje y en la experiencia cotidiana de muchos y muchas en el hoy de este continente de gracia. Algunos y algunas, se escudan en sus responsabilidades y en su rol al interior de sus provincias para justificar tanto derroche de confort que desdice de una vida que, por la pobreza religiosa, se

desprende de la dependencia de las cosas y del afán desordenado de vivir sin dificultades, angustias o problemas.

Y la comodidad se ve hoy favorecida por los progresos tecnológicos. Estamos en los inicios del siglo XXI y la vida religiosa no puede ser marginal al mundo que vive; pero algo diferente es que ella se inserte de igual manera y con mayores insistencias, que el resto de la sociedad en la dinámica de la sociedad del consumo. Algunos y algunas se van llenando de sofisticados aparatos que los demás miran con admiración y secreta envidia.

De igual manera, se va perfilando un religioso o religiosa desocupado y desocupada que se cansa fácilmente y que, ubicado en el mercado de la actividad laboral de nuestros pueblos, sería destituido inmediatamente de su cargo por ineficaz e irresponsable. Las instituciones de la vida religiosa como colegios, universidades, casas de retiro o recreación, hospitales, dispensarios y guarderías albergan religiosas y religiosos que no trabajan lo que trabaja el resto de cristianos que laboran en la misma. Se agotan con lo mínimo. Aquí vendría muy bien una real aplicación del "ora et labora" de Benito de Nursia.

Religiosos y religiosas pequeños burgueses y arribistas, que toman para comportarse el modelo de las clases altas, usando hábitos muy clásicos o ropa de moda. ¡Eso es lo menos importante! lo que cuenta es el decir interior, la manera de verse a si mismos y de ver la vida elegida. Para quien vive de la

comodidad el modelo, el arquetipo o paradigma es el modo de ser de los ricos; y esto, entra en evidente contradicción con el sentido contemporáneo del voto de pobreza que significa asumir el modo de ser de los pobres, libres de ataduras y dependencias de las cosas y sus consecuencias.

Se defiende entonces el derecho a la comodidad, al disfrute de lo que la vida ha negado a la propia familia, se esgrime el estar cansados de la pobreza y sus consecuencias y se discute y discute si uno u otro detalle superfluo corresponde o no al estilo propio a la vida religiosa o se toman medidas comunitarias de austeridad pero se continua con los mismos comportamientos sin importar lo que se viene discutiendo en el camino. Distraídos, una vez mas distraídos.

¿No saben lo que ha pasado?

La misma pregunta que los discípulos en sus discusiones le hacen a Jesús podríamos hacerla en este tiempo desde la vida religiosa. ¿No saben que muchos y muchas en este estilo de vida se sienten desencantados y desencantadas? ¿No saben lo que ha pasado en muchas comunidades en las cuales el deseo de poder, la envidia, la rivalidad, la parroquialización de los religiosos presbíteros varones, la institucionalización de hombres y mujeres apegados a puestos y nombramientos, han hecho de esta vida algo distinto a aquello por lo cual se dio la vida allá en Jerusalén?

¿Acaso no saben que la vida religiosa Latinoamericana tiene que pellizcarse para no vivir de nostalgias de ayer sino de cara al presente neoliberal y postmoderno ratificando sus opciones de todos los tiempos: los pobres, la mujer, los indígenas, los afroamericanos, los excluidos y excluidas de este tiempo? ¿No saben que los nuevos fenómenos de comunicación y de ideologías del poder dominador están retando una vez más a una vida mística y proféticamente alternativa?

¿No saben que solo una vuelta a la palabra de Dios leída personal y comunitariamente, gustada en el espíritu de la lectio divina, de cara a la gran tradición de la Iglesia en la vida religiosa de todos los tiempos, es alternativa sin contraprestaciones a una vida que vuelve a tomar el encanto desde la fuente de la vida de todo creyente? ¿No oyeron que para poder sentirse bien en la vida es necesario identificarse con los objetivos del grupo, con los ideales del grupo, mirar sus paradigmas, recrear su historia, valorar la vida y el testimonio de los fundadores? ¿Oyeron?

¿Será que no se han dado cuenta que el encanto de la vida no nos lo da nadie sino es creación personal a partir de los dinamismos interiores que pongo a bullir al interior de mi corazón y mi conciencia? ¿No saben que solo una oración profunda, seria, serena, meditativa, contemplativa, asidua, contante, centrada en la vida cotidiana y en los grandes fenómenos que afectan a la humanidad, es la escuela para la mística que provoca la profecía?

¿No se han dado cuenta que el Señor Jesucristo viene transitando el camino? ¿No lo hemos reconocido? Discutiendo y discutiendo sin darnos cuenta que viene a nuestro lado eludimos su cercanía y no podemos volver a la fascinación por su presencia que se nos escapa. Es necesario que se agote el discutir y nos dispongamos a preguntarle ¿No sabes lo que está pasando entre nosotros y nosotras? Entra, ¡quédate con nosotros porque la tarde está cayendo!. Es posible que así le podamos reconocer, en la intimidad de la casa, al calor del hogar, en la mesa, en el compartir la comida, en el nuevo escenario de una vida religiosa hogar.

La propuesta de la Clar

La Clar en su pasada Asamblea de México ha señalado un norte, un derrotero, un camino que devuelva a la vida religiosa de este continente, entusiasmo y vitalidad, esperanza y confianza en la acción del Espíritu en la historia, serena conciencia de estar construyendo la historia entre contradicciones y logros. La necesidad de que algo nuevo vaya naciendo en el continente, que él vea renacer de nuevo la vida que durante tantos siglos ha generado vida, ha provocado compromisos y regalado mártires.

La vida religiosa latinoamericana, una vez más llamada a ser ese algo nuevo que está naciendo: una vida religiosa mística y profética. En donde mística y profecía se construyen como una

unidad sin separaciones posibles. La mística es profeta o no es mística y la profetiza es mística o no es profetiza. El místico está con los pies en las coordenadas de la historia o está alienado y el profeta es contemplativo o es simplemente un militante igualmente alienado en el quehacer y la conciencia.

De la casa a los caminos y de los caminos a la casa. Esta metáfora quiere señalar la necesidad de mantener la sana dialéctica entre la intimidad y el desencampado, la entrada en la interioridad, la profundidad de sí y la atención a la historia, al tiempo presente con sus contradicciones y nuevas injusticias. Mística desde la profanidad, mística desde el corazón de las angustias y temores de los hombres y mujeres del presente, para ser profetas de una nueva humanidad, juglares de la esperanza en el futuro, soñadores de una América en justicia, solidaridad y paz.

Defensores incondicionales de la vida, en el camino, porque somos testigos de la presencia de la vida de Dios a partir del testimonio de comunidades

*¿Será que no se han dado cuenta
que el encanto de la vida
no nos lo da nadie
sino es creación personal
a partir de los dinamismos interiores
que pongo a bullir al interior
de mi corazón y mi conciencia?*

alegres, descomplicadas, ágiles, serenas y aguerridas, desde la casa. ¿Sueño? No, invitación a la aventura, a la creatividad, a la fantasía creadora que ha impulsado la experiencia de los grandes religiosos de todos los tiempos y de los pequeños religiosos desconocidos en el corazón de la selva o en la portería del gran convento o monasterio, ilusión de la religiosa que al calor de la cocina disfruta el que sus hermanas se sientan bien comiendo con gusto y buen sabor, o la ejecutiva militante de la causa femenina que en la cátedra universitaria construye futuro para la vida religiosa y para la mujer del continente.

El reto está allí. A la luz del camino de Emaús, algo nuevo está naciendo. El proceso hecho hasta el presente en tantas comunidades a lo largo del continente es el inicio de lo que debe ser una búsqueda de todos. Es la hora de invitar, especialmente a la vida religiosa masculina, más esquiva y siempre atrás de todas estas propuestas renovadoras, a entrar en la marcha, a llevar las anclas para navegar y poder nacer de nuevo. Religiosas y religiosos podemos ser parte del coro polifónico que recree las grandes tradiciones de nuestras comunidades y órdenes para un nuevo amanecer de nuestro estilo de vida.

¿Desde donde?

¿Pero, desde donde reflexionar acerca de la mística como experiencia humana en unas situaciones como las de nuestros países latinoamericanos en los

cuales parece caminar por senderos tan distintos y distantes a los que suponemos son parte de lo que sería una experiencia mística? ¿Será que el Contiente no da sino para vivir de una analítica de la tragedia o una narrativa de la violencia? ¿Podemos los latinoamericanos vivir una experiencia mística?

Algo ha ido pasando en la economía, la política y los tejidos ideológicos de América Latina que nos pide vivir la aventura de nuestro estilo de vida generando nuevas conversaciones por el camino y evitando discusiones en la casa que no tienen vigencia sino para quienes quieren vivir atados al pasado sin dar los pasos que requiere el presente para conducirnos de otras maneras hacia la construcción del porvenir.

Las nuevas generaciones de religiosos y religiosas tienen preocupaciones totalmente distintas a las que están agotando a tantos adultos y adultas que ya parecen disfrutar enfermizamente de la desazón y el desencanto. Frenados en sus posibilidades de compromiso e ilusión no quieren o pueden respetar el que otros y otras hagan su propio camino en la ilusión y la esperanza. Las propuestas de vuelta a los fundamentos de la vida religiosa tienen que tener en cuenta a estos hermanos y hermanas para no dejarse agotar por ellos y ellas, por sus amarguras y desengaños. Más allá de sus infortunios solamente quienes se decidan a ser parte del resto de los que se toman el camino para volver a Jerusalén serán aquellos y aquellas que se van constituyendo en portadores y portadoras de esperanza para esta

hora del continente, saliendo fortalecidos de la casa.

Invitados e invitadas a un renacer desde la mística y la profecía, los y las religiosos y religiosas latinoamericanos estamos ante una alternativa de sentido que no puede diluirse en cualquiera de las tantas distracciones y tentaciones que nos ofrece esta hora. Por ello, quiero entrarme en algunas reflexiones que nos pueden ayudar a descubrir la razón de ser de la aventura sin par de volver a retomar los fundamentos de la vida religiosa y entrar en uno de los filones mayores de su tradición en la historia de la Iglesia Santa: La mística.

Quiero ofrecer, más que una definición, una descripción de lo que considero es una experiencia mística. Y lo expreso a partir de quienes viven o buscan vivir la experiencia para no partir de conceptos sino de aquello que hemos visto y oído, lo que hemos apreciado y valorado, ante lo que me he sentido admirado e invitado a hacer mi camino de la misma manera.

Místicos y místicas

Místicos y místicas son para mí aquellos hombres y mujeres que viven la existencia en Dios y desde Dios. Desde la perspectiva de la revelación cristiana, son quienes viven una intensa experiencia del Dios Padre revelado por el Hijo, Jesús, impulsados por la fuerza del Espíritu, uno con el Padre y el Hijo. Que viven la comunión en y desde la

comunidad trinitaria. Y voy a referirme de manera sintética a cada uno de los componentes de mi descripción desde una perspectiva cristiana; porque es posible hablar de místicos desde otras orillas de la fe.

Hombres y mujeres, es decir sujetos con nombre propio, que asumen su condición de personas humanas con todo lo que la humanidad tiene de grandeza y fragilidad, de bondad y capacidad de equivocación y desvarío. Hombres y mujeres que se autocomprenden como seres frágiles pero llamados y llamadas a la grandeza de vivir como imágenes de Dios, que saben que son poco inferiores a un dios (Sal 8,6) y conocen que llevan el tesoro de su grandeza en vasos de barro (2Cor 4,7). Humanos, profundamente humanos para poder tocar con unción lo divino, realizando la mezcla sin fronteras infranqueables, de lo humano con lo divino.

Que viven la existencia, es decir, situadas y situados en su tiempo, conscientes de todo lo que les rodea y les afecta, que no temen al mundo sino que saben que deben preservarse del mal (Jn 17,15), que no eluden ninguna realidad pero van creciendo en la claridad de ser de aquellas y aquellos que han sido dados al Señor Jesucristo y por eso deben guardarse buscando la preservación de todo mal porque piden al Señor con insistencia que nos le deje caer en tentación (Mt 6,13). Existir es estar allí, situado, viviendo, puesto en la realidad con

todo lo que ella es y trae. Quien existe no es simple espectador o autómatas sin libertad sino actor y actriz del propio destino y sujeto de su libertad. Y aquí se juega la vida de la mística y el místico, en el ejercicio sin atajos de su propia libertad ante todo y ante todos.

En Dios. ¿Cómo es una existencia vivida en Dios? No lo sé exactamente pero me atrevo como a balbucear algunas metáforas que pueden ayudarme a vislumbrar lo que quiero decir en todas sus diversas significaciones. Vivir en Dios es vivir en Él, es decir, estar inmerso en Dios, es como zambullirse continuamente en la vida de Dios en la historia. Es vivir en sus brazos, es dejarse mecer por Dios en la mecedora de la plaza y sobre el pretil¹ desde el que se disfrutaban las brisas de la tarde. Es bañarse en Dios, es disfrutar su palabra en la intimidad del corazón, en todos los pliegues de la conciencia y en los poros de la piel.

Vivir en Dios es estar alimentando la vida cada día de sus cosas, de sus decires, es volverse parábola, deleitarse en el sermón del monte, hundirse en la soledad del abandono y la traición sin amargarse; no dejarse marchitar por los infortunios de la vida, es sacar fuerzas de donde no se tienen, es ser valientes, optimistas, es no dejarse quebrar, es saberse lanzar al vacío cantando a la vida porque nunca seremos abandonados a la incertidumbre de las profundidades del abismo. Y tantas otras cosas

¹ El pretil es el andén de cada casa en la Costa Caribe Colombiana.

que podría decir, pero creo que en este momento ya tienes en tu corazón y en tu conciencia lo que quiero decir cuando hablo de las místicas y místicos como aquellos que viven la vida en Dios.

Viven en Dios porque a imagen de la Trinidad Santa asumen la diversidad como constructora de unidad y no como negación de las diferencias, por ello se abren al diálogo, a la comunicación en libertad espontánea. La unidad la conquistan en el amor y la sinceridad en la expresión y el compartir de la vida se vuelven alimento cotidiano. Seguidores y seguidoras de Jesús van centralizando el amor como pasión de vivir y descubriendo en cada persona un templo sagrado del espíritu, por ello, se construyen en la caridad que no fenece (1Cor 13,1ss).

Y viven desde Dios a partir de la propuesta del Reino predicado por Jesús (Mt 10,7) El desde Dios, significa desde la búsqueda continua de hacer verdad un cuadro de valores: los valores del Reino. Desde la terca voluntad de creer que este mundo puede ser el lugar donde Dios es Señor, donde los hijos del Padre podemos volver a la casa paterna para construir la mansión de la solidaridad, de la justicia, de la fraternidad, del amor verdadero. A partir de este "desde" siguen creyendo que más allá del capitalismo financiero, más allá del triunfo neoliberal y de las fuerzas y poderes de multinacionales y militarismos el cielo y la tierra pasarán pero la propuesta de Jesús no pasará (Mt 24,35).

Vivir desde la predicación de Jesús, desde la perspectiva del Reino. Los místicos y místicas no están jamás conformes con lo que los hombres y mujeres de este mundo hacen de sus hermanos y hermanas. Por ello el místico no puede dejar de ser profeta, aquí, en la vida desde Dios, desde el Reino es donde mística y profecía se tocan, se besan, como el salmo nos dice que la justicia y la paz también lo hacen. Vivir jalonados, impulsados, estimulados, dispuestos y dispuestas a hacer presente el Reino, entrarse a la red de todos aquellos y aquellas que siguen creyendo en la justicia, en el derecho de todos a ser dignos, en la fuerza de la fragilidad ante el poder de los poderosos, de la mano de Dios que conduce la suerte de los humildes y sencillos, de los marginados de todos los tiempos y lugares. Desde Dios no puede haber una salida diferente, desde Dios no puede haber una propuesta diferente a la construcción de realidades desde el reverso, desde lo contrario a la explotación, la mentira, la violencia, la desigualdad.

Entonces los místicos y místicas tienen que ser profetas y los profetas no pueden serlo si no son místicos. Pero he querido mirar la moneda desde la cara menos manoseada, desde la menos contemplada, para devolverle un poco de su brillo y disfrutar con los destellos de su nuevo esplendor. La palabra mística va así adquiriendo nuevos sentidos y nuevo valor, va recuperando su condición generadora y va provocando la necesidad de hacer verdad lo dicho, de realizar lo significado para recrear nuevamente la vida en Dios y desde Dios.

2. VENTANAS ABIERTAS

RUMOR DE DIOS

Rumor de Dios

*Dios vino al mundo**

Cuentan los mapuches que una vez, Dios Padre, Calfú Huenú Chao o Fúta Chao, vino al mundo para visitar a la gente y para ver cómo vivían. Se dio el aspecto de un anciano pobre que nadie conocía. Así caminaba y caminaba. Cuando llegaba alguna casa saludaba y muchas veces acompañaba a la gente un tiempito.

Un día llegó a una casita de gente mapuche. Golpeó la mano para ver si lo atendían. Salió una señora mal humorada.

El anciano que era Dios le dijo: -“Buen día, Señora! Vengo a saludarla”.

-“Ah, no lo conozco. No tengo tiempo para atenderlo”.

Respondió la señora.

-¡Qué linda huerta que tiene!” continuó el anciano.

Tenían una hermosa huerta con bastante planta de papa. Ya estaban por florecer y seguramente iban a tener una buena cosecha de papas.

-“Ah, ¿qué papas? Son puras piedras!” exclamo la señora de mala gana.

-“Bueno, perdone la molestia. Peuka llal”. Dijo el anciano y se fue.

* Textos extraídos del libro En busca de la Tierra sin mal, Mitos de origen y sueños de futuro de los pueblos indios; CENAMI 2004.

Dicen que al otro día las papas que prometían dar una buena cosecha se convirtieron en piedras.

Después de caminar bastante el anciano llegó a otra casa. Otra vez golpeó las manos para ver si lo atendían. Salió la señora de la casa.

-“Buenos días, señora. Cómo le va?” Dijo el anciano.

-“Buenos días, que necesita! respondió la señora.

-“Vengo para conocerla y saludarla, no más.” Explicó el anciano.

-“No tengo tiempo para perder. No puedo atenderlo!” dijo la señora.

-“Qué lindos chicos que tiene!” observó el anciano. Había allí varios chicos de distinta edad.

-“¿Qué chicos? ¡Son chanchos!” dijo la señora de mala gana.

-“Bueno, perdone la molestia” dijo el anciano y se fue.

Cuentan que el día después los chicos se convirtieron en chanchitos.

Al final llegó a la casa de una pareja anciana. Antes cuando eran jóvenes te-

nían mucho capital, pero ahora habían quedado pobres. Hasta los hijos los habían abandonado. Les quedaban muy pocas chivas y tenían un huertita chiquita.

Cuando llegó el anciano lo recibieron muy bien. Lo invitaron a la casa, a tomar asiento y servirse unos matecitos. Cuando ya llegó la tarde lo invitaron a quedarse a alojar. Y el anciano se quedó. El otro día siguió viaje muy agradecido. Les dijo:

-“Que tengan mucha suerte, que les vaya muy bien. Que siempre tengan carne y pan, que nunca les falte un animalito para comer, que Dios le de mucho más. Que tengan buena salud y vivan unidos. Que los guíe por un buen camino y les de un buen pensamiento”.

Con esta bendición se despidió Tata Dios, Fúta Chao y dicen que los pocos animales que tenían aumentaron muchísimo, que la pequeña huerta les dio muchísimo fruto. Y vivieron contentos y unidos hasta el día en que Dios los llamó.

Oración

*a la Virgen de Guadalupe**

Madre, tú que trajiste al mundo a Nuestro Salvador y Señor Jesucristo, Hijo de Dios Padre Todopoderoso.

Ayúdanos en nuestra lucha cotidiana, de la crisis social, económica y moral que hoy soportamos. Guíanos por estos caminos difíciles de andar, que tus huellas nos lleven a la divinidad de tu Hijo y de Nuestro Padre Celestial. Acompáñanos con tu mirada para que podamos seguir recuperando a cada paso la esencia de nuestro pueblo que no tiene fin.

Danos fuerza cada instante porque nosotros, tus hijos, somos de alma y vida sencilla y de tu mismo color. Bendícenos como siempre, desde que te hiciste Madre Nuestra, y grabada sobre un poncho quedaste en nuestra Tierra.

Sentimos tu perfume en la brisa mañanera, de las flores que renacen, de los tesoros que aún quedan. Escondido en tu manta en donde nadie descubrió, hoy queremos y necesitamos de tu bondad y tu amor. Y nuestra identidad sea siempre un árbol, aunque con ramas cortadas pero con una fuerte raíz.

* Textos extraídos del libro *En busca de la Tierra sin mal, Mitos de origen y sueños de futuro de los pueblos indios*; CENAMI 2004.

Madre, somos tus pueblos, somos tus gentes, somos tus hijos que caminamos bajo tu protección. Refuerza nuestra "Unidad" para mantener viva nuestra cultura e identidad. Alimenta nuestro "Espíritu" para que seamos valientes y fuertes, y defendamos lo que es nuestro pero con humildad.

Madre Nuestra y de Guadalupe, nunca abandones a tus hijos que en tu luz refleja la esperanza que necesitamos cada día más, que viene de tu Hijo Jesucristo y nuestro Fúta Chao que vive y reina por los siglos de los siglos.

Amén.

3. TRIBUNA AFRO-INDÍGENA

LA PASTORAL AFRO
EN LAS COMUNIDADES NEGRAS
Clóvis Cabral, sj

La Pastoral Afro en las Comunidades Negras

*El racismo
y la discrimi-
nación producen
exclusión y
desigualdad
en todas las esferas
de la vida
para millones de
hombres y mujeres
en este espacio
geográfico
de esta nuestra
“aldea global”
que denominamos
América Latina
y el Caribe.*

*Clóvis Cabral, sj**

1. Introducción

En esta comunicación no pretendo realzar aquellos puntos sobre los cuales logramos establecer un razonable grado de consenso: me refiero aquí a los contenidos propiamente teológicos de los conceptos utilizados hoy en este rico universo que denominamos *Pastoral Afro* latinoamericana y caribeña. Me gustaría antes de indicar, aunque de manera fragmentada y personal, algunos elementos que considero relevantes para la construcción siempre procesal de una “red” orgánicamente constituida en el enfrentamiento de los numerosos desafíos para el conjunto de la Iglesia Católica Latinoamericana, entre ellos vale la pena destacar la escandalosa situación de exclusión en la que viven las poblaciones afro-americanas, que representan una parte relevante en el conjunto del continente y que, con sus valores humanos y cristianos, y también con su cultura, enriquecen la Iglesia y la sociedad en tantos países (Juan Pablo II, 1992).

* Clóvis Cabral es jesuita, asesor del Equipo Urbano de lo CENAS y miembro del Consejo Editorial de los Cuadernos de lo CENAS. Del mismo Autor, ver “Violencia en Bahía (reseña)” (Cuadernos de lo CENAS, 189: 93-95. Salvador, Centro de Estudios y Acción Social, plató.-Oct., 2000).

2. *El combate del racismo y de su instrumento operacional: La discriminación racial*

Un primer punto de partida es la afirmación que el racismo y su instrumento operacional, la discriminación racial, constituyen violación de los Derechos Humanos. La Pastoral Afro debe partir de la premisa de que el racismo no es una cuestión de relación interpersonal, de "fuero interno": *"No me gustan las personas negras, pero no las discrimino"*. El racismo y la discriminación racial hieren "la igualdad fundamental entre todos los seres humanos, que debe ser cada vez más reconocida" (Concilio Vaticano II, 1965; Pontificia Comisión de Justicia y Paz, 1988). El racismo y la discriminación racial agreden a los hombres negros y a las mujeres negras en aquello que está contenido en el artículo 2º de la Declaración Universal de los Derechos Humanos:

Todo hombre y toda mujer tienen la capacidad para gozar los derechos y las libertades establecidas en esta Declaración, sin distinción de cualquier especie, sea de raza, color, sexo o idioma.

Por tanto, la Pastoral Afro tomará seriamente en consideración que el racismo y la discriminación racial no son apenas "hábitos del corazón" (además, malos hábitos), sino que, por el contrario, el racismo y la discriminación producen exclusión y desigualdad en todas las esferas de la vida para

millones de hombres y mujeres en este espacio geográfico de esta nuestra "aldeja global" que denominamos América Latina y el Caribe. Al referirse a los hombres negros y mujeres negras de este continente, la Conferencia Episcopal de Puebla (México) hizo esta observación:

Los afro-americanos, las afro-americanas, viviendo segregados y segregadas y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados como los más pobres entre los pobres (CELAM, 1979, N° 31).

La segregación nos remite al concepto de "apartación", palabra que tiene origen en el latín "partire", tanto en el sentido de "separarse" como de "dividir en partes". Con base en esta raíz latina, muchas palabras fueron surgiendo en diversos idiomas, una de las cuales en África del Sur, la palabra "Apartheid", que expresa la concepción y el conjunto de normas que regulan el proceso social y económico, dividiendo la población entre blancos, negros y mestizos. *"Vivir segregados,*

*Todo hombre y toda mujer
tiene la capacidad para gozar
los derechos y las libertades
establecidas en esta Declaración,
sin distinción de cualquier
especie, sea de raza, color,
sexo o idioma.*

vivir en situaciones inhumanas, ser los más pobres, entre los pobres", todo eso significa estar excluido de la ciudadanía, sin derecho a los bienes esenciales: alimentación, educación y salud básicos, seguridad, acceso a la justicia, transporte urbano, vivienda digna y un lugar adecuado para vivir, trabajo y salario justo, libertad de pensamiento, conciencia y religión etc. La Pastoral Afro, llevada a cabo en nuestras comunidades, debe estar firmemente aliada al conjunto del Movimiento Negro Contemporáneo en aquéllas que son suyas y nuestras las luchas fundamentales, pues, "En cuanto fenómeno global, el racismo y la discriminación solo pueden ser enfrentados con voluntad política inequívoca que se concrete en políticas públicas globales que ataquen el problema en todas sus dimensiones" (Carnero, 2000).

En ese sentido, una correcta postura de la Pastoral Afro deberá apoyarse en la "práctica política" del Movimiento Negro Contemporáneo en nuestro continente, el cual continúa contribuyendo, desde la experiencia histórica de la opresión racista, para la recalificación (o refundación) de conceptos como democracia, ciudadanía y derechos humanos. Aquí desembocamos en el tema de las Muchas Deudas (sociales) que las naciones, a las cuales pertenecemos, poseen para con las poblaciones negras del continente, desde la Gran Deuda que fue la esclavitud (¡deuda por cierto impagable!), muchas otras son de allí derivadas, y los hombres y mujeres descendientes de los y las que sufrieron esa "grave injusticia"

(Juan Pablo II, 1992) están cobrando y quieren recibir (Cf. Declaración de Durban, 2001; Silva, 1998). Poblaciones enteras del continente africano, "fueron arrancadas con violencia de sus tierras, de sus culturas y de sus tradiciones y traídas como esclavos y esclavas para América. (...) ¿Cómo olvidar los enormes sufrimientos infligidos con menosprecio de los más elementales Derechos Humanos a las poblaciones deportadas del Continente Africano? ¿Cómo olvidar las vidas humanas destruidas por la esclavitud?" (Juan Pablo II, 1992).

¡Nosotros y nosotras no queremos olvidar, no podemos olvidar! Los niños y niñas negros están cobrando, las mujeres negras están cobrando, los y las jóvenes negros, los trabajadores y trabajadoras negros del campo y de la ciudad, los y las artistas negros, las comunidades religiosas afro-americanas, los y las líderes negros, los y las intelectuales negros están cobrando. ¡Esa deuda debe ser pagada! "En muchos lugares de nuestro continente, el tema de las *Reparaciones* (políticas afirmativas, políticas de "cuotas" etc.) está puesto y la Pastoral Afro debe contribuir para que las comunidades ligadas a ella participen de ese "movimiento".

Esa Deuda de Sangre es la base histórica que hace que el tema de las *Reparaciones* sea uno de los temas clave para muchos países africanos, para movimientos sociales negros en Brasil (y en otros países latinoamericanos y caribeños) y de EEUU (...).

Es el reconocimiento de las experiencias de expoliaciones y violencia y búsqueda de reconciliación con esa misma historia entendida como reparación, que hacen que, hoy, trabajadores que fueron esclavizados y exiliados durante la Segunda Guerra Mundial empiecen a ser indemnizados por el Estado Alemán y empresas que se beneficiaron de esto. Disponemos también, en Brasil, de una experiencia reciente y respetable, de feliz precedente en este campo, cuando conquistamos la capacidad de reparar, en algún grado, a los familiares de las víctimas del Régimen Militar, un gesto de reparación material (pues prevé una indemnización monetaria) y simbólica que, al expresar nuestra condenación moral a las violencias practicadas en aquel período, reconcilia la Nación con los mejores valores de la tradición democrática (Carnero, 2000).

Combatir el racismo y su instrumento operacional, la discriminación racial, deben ser ejes articuladores de la Pastoral Afro-Latino-Americana y Caribeña juntamente con las comunidades afro-americanas.

3. La comunidad como lugar fundamental para la construcción de la identidad de una persona y como espacio para la actuación de la Pastoral Afro

Mirando la realidad actual del Nuevo Mundo, vemos comunidades, pujantes y vivas, comunidades que,

sin olvidar su pasado histórico, ofrecen la riqueza de su cultura a la variedad multiforme del continente. Con tenacidad, no exenta de sacrificios, aporta para el bien común, integrándose en el conjunto social, pero manteniendo su identidad, usos y costumbres. Esta fidelidad a su propio ser y patrimonio espiritual es algo que la Iglesia no solo respeta, sino alienta y quiere fomentar... (Juan Pablo II, 1992).

Animar la constitución de comunidades afro-americanas y motivarlas, hacen parte de un postulado, un paradigma axiológico, que es al mismo tiempo filosófico, teológico, sociológico, bíblico y pastoral... ¡La comunidad es en el mundo de hoy un concepto transversal! El trabajo "en la base", la valorización de la comunidad como "espacio vital", quiere también en este texto, reafirmar el carácter comunitario de nuestra reflexión y de nuestra acción pastoral. Debemos partir de una perspectiva del ser humano como persona-relación, que se constituye y se construye históricamente en la relación con los otros seres humanos y donde la comunidad ocupa siempre un espacio indispensable y fundamental.

Desde este punto de vista, el ser humano es alguien que se presenta como singular, único, pero su subjetividad es constituida a través de la mediación de millones de relaciones que la persona establece con los otros seres y con las cosas... No es un ser encerrado en "sí mismo", autosuficiente, ¡que no tiene "nada que ver con los otros", al contrario,

es un ser abierto, es decir, "no puede ser sin los otros, es relación!". Esa es una de las herencias de las cosmovisiones africanas, re-creadas en la Diáspora negro-americana, que afirma "Yo soy porque nosotros somos!", es una proposición que rompe con cierta "tradicción cartesiana", llamada "pensamiento blanco, occidental y cristiano". Repito: en esa "tradicción civilizatoria", el ser humano es un "individuo mñada", encerrado en sí mismo, "esencialmente razón" (ser racional). Las comunidades (tradicionales o no, por ejemplo, un "terreiro de Candomblé" o una Comunidad Eclesial de Base) afirman otra lógica: "Yo-soy-con-los-otros-en-el-mundo", o sea, "Somos porque los otros nos ayudan a constituirnos". Alguien se re-creó este paradigma profiriendo la siguiente frase: "(Yo) ¡bailo, luego soy!".

Esto no quiere decir que, "para ser", tengo que bailar, ser bailarín o bailarina, sino que "Yo soy con todo mi ser", incluyendo mi cuerpo, mi historia, mis relaciones etc. El líder queniano Jomo Kenyatta afirma que el "núcleo" de la cultura africana consiste en la Danza – no la danza en torno a algo o alguien, pero la danza del pueblo que baila... Según él, el centro de las culturas y de las sociedades africanas reside en la Celebración de la vida humana, consistiendo la danza justamente en eso, la celebración de la vida. Y, afirmamos hoy, desde una perspectiva *holística*. El antropocentrismo africano (de lo cual somos descendientes) es comunitario. La "Rueda", el Círculo, son formas prácticas de traducir este concepto antropocéntrico. La "Rueda" es una pedagogía, una filosofía. Así, no es desprovisto de

fundamentación que el modo con que las comunidades negras realizan sus encuentros sea "circular" ("rueda de samba, rueda de capoeira, rueda de candomblé, rueda de bate papo" etc.).

En sus mitos sobre el origen de las cosas, es igualmente expresivo el hecho que los africanos invariablemente enseñen que el primer surgimiento de las personas en el mundo se dio en grupo, en compañía. El instinto gregario no es una característica africana observada por estudiosos de África en todas las ciencias. El ser africano (y nosotros, nosotras somos afro-descendientes, es decir, herederos, re-creadores de esta herencia) no soporta ser aislado y ser forzado a quedarse solo. La privacidad del individuo, que, en la "cultura occidental", llegó casi a transformarse en una religión, es por ejemplo, un obstáculo para los africanos que viven en el exterior, sobre todo en Europa (cf. Stiloane, 1992). Según lo que afirma Paulo VI en su Mensaje sobre la Promoción Religiosa, Civil y Social de África:

En cuanto a la vida comunitaria constituyendo en la tradición africana una extensión de la propia familia, notamos que la participación en la vida comunitaria, que en el ámbito de la parentela, como en la vida pública, es considerada como un deber precioso y como un derecho de todos (Paulo VI, 1968: 1).

John Mibiti, teólogo africano, sustituye la expresión de Descartes "Pienso, luego existo" para "Pertenezco, luego soy". No hay en las cosmovisiones afri-

canas nadie que no pertenezca. El hecho de pertenecer es la raíz y la esencia del ser: todo el sistema de la sociedad africana y su ordenación jurídica se basan en este paradigma de la pertenencia. Todas las personas tienen a quien pertenecer y deben ofrecer los beneficios de su vida, o asumir las responsabilidades que provienen de esa vida. Este sentido africano de comunidad se extiende más allá de la familia o del clan. La exclusión del "otro, otra" simplemente porque el otro, otra es diferente, es un término importado de la cultura occidental. El principio más apreciado de la vida en común es el de la inclusión. Para los pueblos africanos, incluso el objetivo de la conquista en la guerra era la incorporación de los vencidos, no su destrucción o eliminación. La finalidad era siempre volver el grupo mayor y, por tanto, presumiblemente más fuerte. El ser humano no es solo Fuerza Vital, es mucho más que eso, Fuerza Vital en Participación, de modo que "la esencia del ser es la participación" (Stiloane, 1992).

Podemos sintetizar estas consideraciones afirmando que la "concepción de vida" denominada occidental y blanca, que es racional, mecanicista y reduccionista, se va volviendo obsoleta e indefendible en la medida en que coloca en riesgo la supervivencia del ecosistema global. Tal concepción (newtoniana, baconiana, cartesiana) está basada en la eficiencia, en la eficacia y en la productividad y sostiene un antropocentrismo en la forma de dominar, poseer y consumir ("consumo, luego existo"). El sujeto

que la sostiene afirma en sus cuatro verbos axiológicos: yo pienso, yo puedo, yo conquisto, yo poseo. Tener, poder y aparecer son el clímax de una "sociedad del espectáculo".

A su vez, la Iglesia Católica reconoce ese otro modo de ser del individuo latinoamericano, en el capítulo II del Documento de Puebla donde se refleja la "visión socio-cultural de la realidad de América Latina":

El hombre latinoamericano tiene una tendencia innata a acoger las personas, a compartir lo que tiene, a vivir la caridad fraterna y el desprendimiento (sobre todo en medio de los pobres), a compadecerse del sufrimiento ajeno. Valora mucho los vínculos especiales de la amistad oriundos del padrino y aprecia no menos la familia y las relaciones que establece (CELAM, 1979, N° 17).

Una Pastoral Afro debe tomar como uno de sus ejes articuladores la labor de fomentar comunidades con características propias, próximas a aquello que llamamos Herencia Africana. En este esfuerzo, debe estar atenta a las implicaciones políticas de tal iniciativa.

3.1. La comunidad como posibilidad de alternativa a situaciones que impiden al ser humano desarrollarse plenamente

Según el maestro e investigador en el área de la psicología de la comunicación, Pedrinho Guareschi, la llave de lectura para la comprensión del actual

momento socio-cultural parte de las “tres fuerzas (ideológicas) hegemónicas, contradictorias entre sí, que se disputan el actual espacio público”, por él denominadas cosmovisión liberal-capitalista, colectivista-totalitaria y comunitaria-social o solidaria. Tomemos en préstamo algunas de sus ideas acerca de la última cosmovisión (la comunitaria-social o solidaria) en aquello en que ella puede ayudarnos a fundamentar lo que expusimos anteriormente sobre “la comunidad como uno de los ejes articuladores de la Pastoral Afro”. Ante las irracionalidades globales (hambre, miseria, recrudescimiento del racismo, desastres ecológicos etc.), las comunidades en la base de las sociedades van percibiendo no solo que el problema es global, sino también que las soluciones deben ser siempre más locales, de forma que se constituyen en una respuesta a las diver-

*No hay en las cosmovisiones africanas
nadie que no pertenezca.
El hecho de pertenecer es la raíz
y la esencia del ser:
todo el sistema de la sociedad africana
y su ordenación jurídica
se basan en este paradigma
de la pertenencia. Todas las personas
tienen alguien a quien pertenecer
y deben ofrecer los beneficios
de su vida, o asumir las
responsabilidades que provienen
de esa vida.*

sas situaciones vitales en que las personas se encuentran hoy:

- a) La comunidad es puesta en la dimensión afectiva y cotidiana: reside en el lugar donde las personas pueden ser “llamadas por su nombre” (Jn 10,1-20), en el cual se puede tener voz y voto, al mismo tiempo, lo que posibilita no ser absorbido por el anonimato o por la masificación.
- b) La comunidad se vuelve respuesta en la dimensión política: la mayoría de los politólogos muestra que solo existe democracia allí donde hay, en la base de la sociedad, comunidades verdaderamente participantes y actuantes.

Estas proposiciones se fundamentan en la democracia participativa, mediante la cual, año tras año, las personas son llamadas a discutir sus problemas cotidianos, elegir prioridades, proponer soluciones y acompañar la ejecución de las propuestas elegidas, de manera bastante diferente de la democracia representativa, en la cual ellas solo son convocadas para votar periódicamente por sus representantes, sin “interés” posterior en el acompañamiento, fiscalización o control de los electos. En la enseñanza social de las Iglesias Cristianas, ese tema aparece con el título de “principio de subsidiaridad”.

- c) La comunidad es respuesta en la dimensión del trabajo: por más ilógico que parezca, la “revolución del trabajo” produce la desaparición de millones de puestos de trabajo, una

vez que está basada en el “desempleo”. Vivimos en “otros tiempos” y el tipo de empleo de apenas algunos años atrás ya no existe o se encuentra en extinción, de ahí que el “modelo” de promoción personal y social hasta ahora vigente está por acabarse.

La respuesta dada en muchos lugares es la comunidad de trabajo, que son agrupaciones, pequeñas empresas, cooperativas y diversos proyectos de Economía Popular Solidaria (EPS), basados en la idea del mercado justo y en el etno-desarrollo.

3.2. La Comunidad Negra Militante como espacio de Reconstrucción de la Identidad y Socialización de la Vida

¿De qué comunidad hablamos específicamente cuando decimos “comunidad negra”? Creemos que, incorporando a lo que fue expuesto anteriormente, otras características deberían conformar la fisonomía de esas comunidades: son comunidades que existen, comunidades que necesitan ser creadas o recreadas, construidas. ¿A quién nos estamos refiriendo específicamente al nombrar “agente de pastoral negro, negra”, “militante de la Pastoral Afro”, “negro, negra consciente”, “hombre y mujer afro-americanos”? Ahora, retomando la discusión en torno a nuestra herencia africana, lo que nos hace hombres y mujeres portadores de una cosmovisión afro-americana es la recreación de esa “herencia”. En este punto, se hace necesaria una aclaración

acerca del proceso que denominamos “volverse negro o negra” (cf. Souza, 1983), itinerario recorrido, en la definición del poeta brasileño Caetano Veloso, dialécticamente, “entre el dolor y la delicia”.

3.2.1. Volverse negro, negra: un itinerario a ser recorrido dialécticamente

La identidad cultural, en el sentido más profundo de una persona o de un grupo, es histórica, no existe desde siempre, es relacional y contextual, puede ser cambiada. Una identidad puede tener un atributo negativo y cambiarse, revistiéndose de positividad a través de una nueva auto-imagen y estima de sí mismo y del grupo. Esta afirmación tiene validez especial para los niños y jóvenes negros condicionados por un ambiente socio-cultural que idealiza la belleza de patrones europeos. Dicho esto, podemos afirmar que, hoy, ser negro, negra, cristiano, cristiana y católico o católica no constituye ningún problema cuando este negro o esta negra, se diferencia de los otros miembros de la Iglesia, apenas por el color de la piel. Ser negro, negra es simplemente esto: tener la piel negra.

Además esta persona de piel oscura tiene una historia. En un primer momento, una historia de negación. Es necesario, comprender a esta persona que se auto conoce en su historia de negación, para comprender el negro, la negra que se afirma en su identidad. En la Iglesia están presentes actualmente hombres negros y mujeres negras que

no solo tienen el color de la piel negra, sino que piensan, creen y actúan como negros, negras. Y así piensan, creen y actúan porque encarnan la historia de sus antepasados. Ser negro, ser negra, por tanto, en nuestra concepción, es mucho más que afirmar el color de la piel, el cual es una evidencia. Ser negro, ser negra, debe ser sentido como una postura histórica, es decir, una actitud de reivindicación y rescate frente a la historia de negación del pueblo negro en África y en la Diáspora Latinoamericana. Ser negro, ser negra, es una conversión; y la solidaridad con los negros y negras y su causa exige la misma postura. Ayudaría poco afirmarse negro, negra y decirse solidario, solidaria con su causa si esto no se traduce en hechos. A este propósito, el Documento de Santo Domingo hace una afirmación inquietante:

“La opción preferencial por los pobres incluye la opción preferencial por los medios para que las personas salgan de su miseria” (CELAM, 1992, n. 275).

De ese modo, la negritud, tener una “conciencia negra”, volverse negro, negra, se constituye en un desafío no solo para los negros y negras, sino para todas nuestras sociedades, incluso nuestras Iglesias. Recorrer este itinerario no nos hace exentos de conflictos, por el contrario, los evidencia. Conflictos “internos”, al interior de la propia persona negra, que buscará rescatar y encarnarse en la historia de sus antepasados, ya que la historia de ellos no es más su historia, debido a la negación secular sufrida.

*La identidad cultural,
en el sentido más profundo,
de una persona o de un grupo
es histórica, no existe desde siempre,
es relacional y contextual,
puede ser cambiada.*

Conflictos “externos” que van surgiendo en medio de las sociedades estructuralmente *blancas* y que persisten en promover una “guerra ideológica”, negándolo en cuanto a su ser.

Cuando utilizamos el término “negro” hablamos del color de la piel, más clara o más oscura, lo que da “derecho” al individuo a identificarse moreno, morena; mulato, mulata o con otra denominación cualquiera (en Brasil, decimos “pardo”). Ya cuando nombramos a alguien (o alguien se autodenomina) con el término “negro, negra” me refiero a alguien independiente del color de la piel, más clara o más oscura, que “encarna” la historia de las personas traídas de África y de las cuales desciende, es un o una afro-descendiente. A propósito del concepto negro, negra, vale decir, “raza negra”. La filósofa Sueli Carnero, nos ayuda a entender el sentido que utilizo en este texto:

La constatación de la inexistencia de razas y la diversidad es mayor “intragrupos” que entre los grupos diferentes, la ciencia viene revelándonos en los últimos tiempos, que no tiene im-

pacto sobre las diversas manifestaciones de racismo y discriminación en nuestra sociedad y en ascensión en el mundo, lo que reafirma el carácter político del concepto de la raza y su actualidad, a pesar de su insustentabilidad desde el punto de vista biológico. Raza es hoy y siempre fue un concepto eminentemente político (Carnero, 2002: 30, grifos de la autora).

La Pastoral Afro desarrollada en nuestras comunidades debe contribuir decisivamente para que el *itinerario dialéctico de reconstrucción de la identidad* pueda ser seguido por más y más negros y negras. Ser negro, ser negra, ser afro-descendiente, es una experiencia que “yo hago”, una experiencia sobre la cual reflexiono, poniéndome al frente y construyendo un discurso sobre ella, lo que significa poseer una conciencia (reflexiva) negra. Es una experiencia procesual y relacional. En ella yo experimento a Dios: es una experiencia desalienada de Dios, ya que fuera de la realidad no hay experiencia de Dios. Como experiencia de reconstrucción de la identidad, es una experiencia liberadora, como toda experiencia auténtica de Dios. Ser negro, ser negra, es una actitud, un modo de ser, de soñar, de trabajar, de rezar, de amar, de liderar, de adoptar una causa, de ejercer un ministerio, de abrazar una vocación... Ser negro, ser negra, ¡es una opción política, una opción evangélica!

Asumiendo ser negro, ser negra, asumo la historia que me legaron mis antepasados, en la perspectiva no sola-

mente de la “historia de la esclavitud”, sino fundamentalmente, en la perspectiva de las “luchas contra la esclavitud”, contra toda forma de esclavitud. Es asumirse guerrero “quilombola”, guerrero “quilombola”. ¡La negritud es un Don de Dios!

3.2.2. Comunidad negra, espacio dialéctico militante

En el proceso ya descrito de reconstrucción de la identidad, es necesario encontrar apoyo en la Comunidad que denominaremos Comunidad Negra Militante, es decir, el espacio vital y, por tanto, dialéctico, de formación o reconstrucción de la identidad negra. En un sentido más amplio, la comunidad negra militante es el espacio dialéctico de los diversos “movimientos negros contemporáneos”, una red articulada de personas, grupos e instituciones que, principalmente (no exclusivamente), fueron constituyéndose a lo largo de los últimos treinta años en todo nuestro continente. Esta comunidad más amplia representa hoy un “divisor de aguas”, compañera fundamental en la lucha por la afirmación que “otro mundo es posible”.

Ha sido justamente en este “espacio más amplio” en el que la Iglesia Católica ha “ido a beber” para saciar la sed provocada por esta nueva sensibilidad. No puede la Iglesia acomodarse con aquella posición que “a los negros lo que es negro”, relegando o delegando) las cuestiones, asuntos, temas, iniciativas, referentes a los negros exclusivamente a los “cuidados” del propio

negro, bajo el pretexto de falta de conocimiento sobre la cuestión. En la Iglesia, este conocimiento debe ser compartido por todos. Todos deben adquirir esta sensibilidad. El testimonio de tantos hermanos y hermanas que, aunque no siendo negros (en el color de la piel), se vuelven solidarios con nuestra causa, es prueba evidente de lo que afirmamos.

4. La Pedagogía de la “Rueda”
“ver” el otro, la otra;
“escuchar” al otro, la otra;
“compartir” con el otro, la otra;
“hacer” juntos; reconstruir

Una pregunta va imponiéndose: ¿qué pedagogía utilizar en este trabajo de Pastoral Afro en nuestras comunidades, grupos, movimientos e instituciones? No hay fórmulas hechas. En el interior de nuestros países vivimos contextos que tienen diferencias notables entre sí. Por tanto, lo que se va a decir aquí no es ninguna fórmula o “paquete pedagógico” a ser “empujado garganta abajo” en nuestras comunidades. La intención consiste en sugerir algunas ideas que puedan dar aportes para la construcción de los diversos proyectos pedagógicos que están animando nuestro modo de hacer Pastoral Afro.

Todo proceso de aprendizaje es un fenómeno esencialmente político, pero no dispensa el esfuerzo reconstructivo personal ni la presencia del educador o educadora. La educación es un proceso esencialmente formativo en el sentido

reconstructivo humano, no sólo del orden de entrenamiento, enseñanza, instrucción. La formación toma la persona como punto de partida y de llegada (cf. Demo, 1998).

En un pequeño pero estimulante artículo, la pedagoga Maria Eulália Moreira (1988) llama la atención sobre algo extremadamente perturbador y cotidianamente vivido por nosotros en la práctica pastoral: el fenómeno de la *intransigencia* presente en los espacios formativos. La autora comienza enunciando la tesis principal defendida por Hirschman:

Hay intransigencia en los Grupos Reaccionarios y Conservadores. Sin embargo, también en los Grupos Progresistas y de izquierda, esta intransigencia se verifica de manera distinta de los Grupos Conservadores.

*La educación es un proceso
esencialmente formativo
en el sentido reconstructivo humano,
no es solo del orden
de entrenamiento, enseñanza,
instrucción. La formación
toma la persona como punto
de partida y de llegada
(cf. Demo, 1998).*

Enseguida ella indica como Hirschman hace un recorrido histórico, titulado "Doscientos años de Retórica Reaccionaria", en el cual discute las "crecientes críticas neoconservadoras de la seguridad social y otros programas de bienestar social", identificando tres reacciones y tres tesis reaccionarias. La primera es la Tesis de la Perversidad (o del Efecto Perverso):

De acuerdo con la Tesis de la Perversidad, cualquier acción deliberada para mejorar un aspecto del orden económico, social o político sólo sirve para exacerbar la situación que se desea remediar (Hirschman, 1992: 15).

La segunda es la Tesis de la Futilidad, según la cual "no vale la pena hacer algo, todo es inútil":

La Tesis de la Futilidad sostiene que las tentativas de transformación social serán infructíferas porque simplemente no conseguirán dejar una marca.

Por fin, la Tesis de la Amenaza, ¿qué dice "Cuidado! Esta actitud va a generar el opuesto de lo que usted pretende":

La Tesis de la Amenaza argumenta que el costo de la reforma o cambio propuesto es demasiado alto, ya que pone en peligro otra preciosa realización anterior.

Cuántas veces hemos oído tales argumentaciones de la boca de superiores jerárquicos, opositores, interlocutores inocentes, críticos y mal intencionados e

incluso de la boca de nuestros hermanos y hermanas negros oprimidos! Llegamos a un punto en el que una propuesta pedagógica radical se va imponiendo y podríamos expresarla por el pensamiento de Steve Biko, líder negro de la lucha contra el Apartheid en África del Sur: "El arma más potente en las manos del opresor es la mente del oprimido". La base de nuestros proyectos pedagógicos debe ser una pedagogía del oprimido, pedagogía forjada con él y no para él, mientras hombres, mujeres o pueblos, en la lucha incesante de recuperación de su humanidad. Pedagogía que haga de la opresión y de sus causas objetos de reflexión de los oprimidos, de lo que resultará la integración necesaria en la lucha por su liberación, en esta pedagogía se va a hacer y rehacer. El gran problema está en como podrán los oprimidos, que "albergan" al opresor en sí, participar de la elaboración, como seres dobles, inauténticos, de la pedagogía de su liberación. Solamente en la medida en la que se descubran "depositarios" del opresor podrán contribuir para la planificación de su pedagogía liberadora. Mientras vivan la dualidad en la cual ser es parecer y parecer es parecer con el opresor, es imposible hacerlo. La pedagogía del oprimido, no puede ser elaborada por los opresores, es uno de los instrumentos para este descubrimiento crítico: la pedagogía de los oprimidos por sí mismos y la de los opresores por los oprimidos, como manifestaciones de la deshumanización. (...) Los oprimidos que introyectan la "sombra" de los opresores y siguen sus pautas temen la libertad, en la medida en que esta,

implicando en la expulsión de esta sombra, exigiría de ellos que rellenasen el vacío dejado por la expulsión con otro "contenido", el de su autonomía y su responsabilidad, sin esto no serían libres (Freire, 1999a: 32-35).

Expulsar al opresor introyectado, ser autónomo, responsable, son articulaciones pedagógicas que brotan de esa raíz que es la pedagogía del oprimido, oprimida y que deberían ser llevadas a consideración en los proyectos pedagógicos de la Pastoral Afro. En muchos lugares, esa misma pedagogía va siendo enriquecida, recibiendo varias formulaciones: en una contribución *al Proyecto Axé* (Salvador-BA), el propio Paulo Freire renombra su propuesta como Pedagogía de la Autonomía (cf. Freire, 1999); en Colombia, una propuesta llevada adelante por la *Fundación Fe y Alegría*, denominada *Habilidades para vivir*, tiene como objetivo la promoción del desarrollo humano y la prevención de problemas psicosociales (cf. Castellanos, 2000); ya en el ámbito de la Pastoral del Menor se destaca la *Pedagogía de la "Resiliencia"*:

"Resiliencia" no es una palabra usual: es utilizada en terminología de ingeniería, únicamente para describir la capacidad de un material de recobrar su forma original después de ser sometido a una deformación bajo presión; desde el punto de vista pedagógico, "resiliencia" es la capacidad de una persona o de un sistema social de vivir bien y desarrollarse positivamente, a pesar de las condiciones difíciles de vida, y

eso de manera socialmente aceptable (cf. Vanistendael, 1999).

En el campo más específicamente afro-americano, la llamamos Pedagogía Inculturada (cf. CELAM, 1992, 264, 270), Pedagogía Inter-Etnica o aún Pedagogía Multirracial (cf. Machado, 2002), las cuales, ancladas en el Proceso "Iniciático" (Pedagogía de la Iniciación), proponen un chapuzón en las culturas afro-americanas como fuentes permanentes de un contenido procesualmente abierto y en diálogo con los contextos de los cuales venimos. Un aspecto relevante y presente en todas esas pedagogías es la centralidad del concepto de autoestima. Tener una identidad es saber quien soy yo, comprenderme, aceptarme como soy; para entonces buscar ir transformándome en aquello que quiero ser; poseer una identidad positiva es la base de la *autoestima* (los antiguos la llamaban "*tener amor-propio*"). Tener *autoestima* es gustar de sí mismo, querer y buscar su propio bien, saber cuidarse, preservarse de aquellas acciones y pensamientos que afectan negativamente la salud y desvían la vida de la realización plena, de su potencial como ser humano. Es, en fin, rebelarse contra los estereotipos negativos, contruidos para empobrecer mi autoconcepto, e impedir mi autoterminación. Cómo decía Jean Paul Sartre, "lo importante no es lo que hicieron de nosotros, sino lo que nosotros haremos con aquello que hicieron de nosotros".

5. *La fiesta, la celebración: La espiritualidad que nos anima en el camino*

Todo lo que fue dicho en estas páginas es poco, delante de la riqueza de nuestras vidas, de las múltiples y diversas experiencias que nos van adentrando en esta "Patria Grande". Todo Encuentro, toda "rueda de encuentro" realizada por nosotros, afro-americanos y afro americanas, termina siempre con música, baile y comida: ¡así nosotros y nosotras rezamos! "Mirar" detenidamente las cosas y encantarse con los colores y la intensidad de la luz que ellas poseen; "escuchar" los sonidos de los objetos creados y de la naturaleza y reverenciar en ellos la "voz-palabra" de los antepasados; "saborear", degustando, el olor-perfume de las hierbas y de los alimentos, en una participación intensa con el oficio de todo trabajador, trabajadora, "tocar" a los otros, otras y las cosas, dando y recibiendo, y, con eso, realizar el cambio de la "fuerza vital" (Axé), es comulgar de manera profunda con Dios, que es Comunión y Participación.

Toda "Rueda", todo Color, ¡todo Sonido, toda Comida, todo Sabor, toda Danza, toda Música, todo Diálogo, todo Encuentro con el otro, otra es un Encuentro con Dios! La Pastoral Afro realizada en nuestras comunidades no puede perder de vista la fiesta, la celebración, el sueño y la alegría, así como es cantada en los encuentros de las Comunidades Negras en Brasil: "Tiene que acabar con esa historia de que el

negro, la negra es un ser inferior. El negro, la negra es gente que quiere ir a la escuela, quiere bailar Samba y ser doctor, doctora". Ésa es nuestra más fundamental y desafiante dialéctica: "bailar samba y ser doctor, doctora!". Así el P. Antonio Aparecido da Silva (1988) define la espiritualidad del pueblo negro: "El pueblo negro baila el sufrimiento y reza la alegría. Un pueblo así solo puede ser un pueblo de Dios: ¡éste es el centro de su espiritualidad!".

El testimonio del obispo Forrest C. Stith, de la Iglesia Metodista de Nueva York (EEUU), confirma las palabras de Silva:

¡Desde mis primeros años aprendí que la dimensión más significativa de la vida se manifestaba cuándo la comunidad se congregaba para celebrar "how we got oer!" ("¡cómo es que conseguimos sobrevivir!"): se daba un testimonio de las innumerables intervenciones divinas y todos alababan al Señor. (...) De hecho, en nuestra tradición religiosa negra, Jesús es mucho más que el hombre histórico de Nazareth, de Galilea. Nuestras oraciones se dirigían a Él como el Alfa y el Ômega, el Lirio del Valle, el Consuelo de los Afligidos, el Alimento de los que pasan hambre, Agua para los sedientos, el Amigo de los que no tienen ninguno amigo... (da Silva, 1988).

Como dijeron los obispos presentes a la IVª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Santo Domingo, 1992), "a los descendientes

de millares de familias venidas de varias regiones de África les manifestamos nuestra estima y deseo de servirlos como ministros del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo". Ojalá que todos los que están comprometidos y comprometidas con la Pastoral Afro continúen caminando con esperanza y alegría, pues es la "estima", vale decir el amor, la que nos mueve para el servicio generoso y profético para con nuestros hermanos y hermanas, animándolos y animándolas a defender sus identidades y a ser conscientes de sus valores, haciéndolos fructificar.

Bibliografía

- CARNERO, SUELI. Estrategias de combate al racismo. Exposición proferida en el 8º Encuentro de la Pastoral Afro-americana (EPA). Salvador, EPA, 2000. (mimeo).
- _____. "Ideología tortuosa". Caros Amigos, 64. São Paulo, Casa Amarilla, Jul., 2002.
- CASTELLANOS, LEONARDO MANTILLA. Habilidades para vivir. Santa Fe de Bogotá, Fe y Alegría, 2000.
- CONCILIO VATICANO II. Constitución Pastoral Gaudium et Spes. Roma, 1965.
- CONFERENCIA DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO (CELAM). Documento Conclusivo de la IIIª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Puebla de Los Angeles, Celam, 1979.
- _____. Documento de Conclusión de la IVª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Santo Domingo, Celam, 1992.
- DECLARACIÓN DE DURBAN Y PLAN DE ACCIÓN. III Conferencia Mundial de Combate al Racismo, Discriminación Racial, Xenofobia e Intolerancia Correlata. Trad. de la Fundación Palmares. Brasília, Ministerio de la Cultura, 2001.
- DEMO, PEDRO. "Proyecto pedagógico". Reviste de Educación Integración, XXIII. Curitiba, s.c.p., 1998.
- FREIRE, PAULO. Pedagogía de la autonomía. Rio de Janeiro, Paz y tierra, 1999.
- _____. Pedagogía del oprimido. Río de Janeiro, Paz y Tierra, 1999a.
- GUARESCHI, PEDRINHO. Llave de lectura del regalo e inclinaciones de la sociedad. Brasília, XIXª Asamblea General Ordinaria de la Conferencia de los Religiosos de Brasil (CRB), 2001.
- HIRSCHMAN, ALBERTO O. Retórica de la Intransigencia: perversidad, futilidad, amenaza. São Paulo, Compañía de las Letras, 1992.
- JOÃO PAULO II. "Mensaje del Santo Cura a los Afro-americanos". In Documento de Conclusión de la IVª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Santo Domingo, Celam, 1992.
- MACHADO, VANDA. Ilê Axé: vivência e invención pedagógica – los niños del Opô Afonjá. Salvador, Edufba, 2002.
- MOREIRA, MARIA EULÁLIA. "La intransigencia en el proceso de ensino/aprendizagem". Cuadernos de Servicio Social, 3 (3): 19-25. Belo Horizonte, Pontificia Universidad Católica de Minas Gerais (PUC-MG), diez, 1998.
- PAULO VI. Africae Terrarum. Mensaje sobre la Promoción Religiosa, Civil y Social de África. Roma, 1968.
- PONTIFICIA COMISIÓN DE JUSTICIA Y PAZ. La Iglesia ante el racismo. Voces, Petrópolis, 1988.
- SILVA, ANTONIO APARECIDO DE la. "Espiritualidad y negritud". Grande Señal, (XLII): 115-116. Petrópolis, Voces, 1988.
- _____. (coord.). Una deuda, muchas deudas: los afro-brasileños quieren recibir. São Paulo, Atabaque, 1998.
- SOUZA, NEUZA SANTOS. Volverse negro. São Paulo, Graal, 1983.
- STILOANE, GABRIEL M. Teología africana: una introducción. São Bernardo do Campo, Editeo, 1992.
- VANISTENDAEL, STEFAN. Resiliência: como crescer superando perances. São Paulo, Instituto para el Desarrollo Integral del Niño y del Adolescente (Indica), 1999.

**Correos de
Colombia**



ADPOSTAL

Llegamos a todo el mundo

Llame gratis a nuestras nuevas
líneas de atención al cliente

018000 111210/111313

Visite nuestra página web
www.adpostal.gov.co